

Cartas Quemadas

*Los destellos del presente
luminan la oscuridad del pasado*

Ángel Puado Veloso

D.J.57

CARTAS QUEMADAS

Ángel Puado Veloso

A Eva Puado por poner los puntos sobre las íes, a los Coloma y a Sergio Beneyto por la portada, a todos los que me han acompañado en el camino, a la familia y a tí, mi musa, mi amor.

En lo que se escribe está lo que uno es

Pío Baroja

Contenido

[Página del título](#)

[Dedicatoria](#)

[Epígrafe](#)

[Cartas quemadas 1](#)

[Cartas quemadas 2](#)

[Cartas quemadas 3](#)

[Cartas quemadas 4](#)

Cartas quemadas 1

Ángel

Mi abuelo hace mucho que nos dejó, tanto, que yo apenas recuerdo que alguna vez haya estado aquí. En mis escasos recuerdos, él siempre estaba triste, callado, ausente. Por eso, el día que falleció, todos lo vimos como un paso más, no como la interrupción de algo.

Mi abuelo pasaba la mayor parte del día en su despacho, siempre sentado en aquel mueble de caoba tan señorial. Cuando enfermó, la llave giró sobre la cerradura y aquel despacho quedó cerrado durante muchos años sumido en la más profunda oscuridad. Ahora que mi familia se planteaba vender la vieja casa, había que abrir aquella habitación y vaciarla, dando salida a todos los fantasmas tristes, callados y ausentes que allí debían habitar.

Cuando la puerta se abrió, nadie quería entrar allí, ni siquiera mi abuela. Todos miraban hacia aquella oscuridad como si hubiese algo que ellos veían, pero que yo no podía imaginar. El polvo ocupaba cualquier minúsculo espacio de aquella oscuridad infinita. Al final, fue mi abuela la primera que se decidió a entrar y cuando levantó las persianas, incluso a la luz le costaba introducirse en aquel espacio, buscando huecos entre las manchas de los cristales para iluminar la estancia. Mi abuela atravesó la puerta despacio, con cautela, como si tuviera miedo de pisar algún recuerdo que hubiese quedado olvidado en el suelo. Yo la observaba desde fuera sin

atreverme a cruzar el umbral, era como un viaje al pasado, a un pasado demasiado oscuro, tras ella la puerta se cerró de nuevo.

No tardó mucho en abandonar el despacho, apenas quince minutos. Cuando salió, lo hizo con una vieja caja de zapatos atada con un lazo raído, intenté hablar con ella, curiosear que era aquello, pero estaba como ausente, mis palabras no llegaban a sus oídos, caminó por el pasillo despacio, con la mirada perdida y, finalmente, entró en su habitación y cerró la puerta suavemente, luego echó la llave.

Mi abuela había reaccionado de un modo extraño, encerrándose en su habitación. Ella no era como mi abuelo, a ella le gustaban los cuartos abiertos, nunca antes había echado la llave de su habitación. Yo, preocupado, desde la ventana la observaba en silencio, agazapado, con la curiosidad del que ve, que las cosas cambian demasiado rápido e intenta asimilarlas a una velocidad normal, antes de que éstas perdieran su sentido, mientras mi familia se desmoronaba rápidamente.

A través de la ventana, podía ver a mi abuela leyendo una montaña de cartas que se amontonaban junto a un raído lazo rojo. Mi abuela leía y leía sin apartar la vista, de manera casi enfermiza, como quien ha entrado en un sitio del que ya no puede salir. Mientras ella leía, en la penumbra yo podía ver el reflejo de sus lágrimas descendiendo por sus mejillas.

Cuando por fin terminó de leer, con los ojos enrojecidos de tanto llorar, amontonó las cartas en una papelera, se secó las lágrimas, encendió una cerrilla y les prendió fuego.

Mi padre siempre decía que todos queremos dejar algo a nuestro paso por la tierra, pero no por cuestión de ego, en realidad es una necesidad o, más bien, una obligación que todo ser humano sentía a lo largo de su vida; y mi abuela le acababa de robar a mi abuelo todo eso en un instante, porque aquellas cartas eran su legado, lo único que aquel hombre triste y callado había dejado de su paso por este mundo. Eso y un colgante, con un extraño trozo de metal

retorcido que siempre llevaba al cuello como su reliquia más preciada. Tras las llamas vino el silencio, mi abuela se negó a responder a ninguna de nuestras preguntas sobre lo que allí ponía, sobre aquellas palabras que habían removido tanto en su interior como para hacerla reaccionar de una manera tan encendida.

Por la noche me acerqué a la papelera y entre los restos negros de papel carbonizado, apenas pude rescatar parte de la dirección de un remite, como única prueba de que allí antes existieron letras, que formaron palabras, que formaron frases y que juntas cobraron tanto sentido que hicieron llorar a mi abuela desconsoladamente durante un día entero.

Yo, por mi parte, intenté que me contase qué ponía en aquellas cartas, que se abriera y se sincerase, necesitaba que compartiera conmigo aquello, lo único interesante que había aparecido en medio de todo el silencio que envolvía la vida de mi abuelo. Pero, de repente, no tenía nada que decir, parecía que habitaba ahora en el extraño lugar donde antes lo hacía mi abuelo. Era ella ahora la que no hablaba, la que observaba la vida pasar en silencio, ausente, con una mirada perdida.

Todo esto provocaba aún mayor necesidad en mí de saber qué era lo que había ocurrido, qué era lo que ponía en aquellas cartas y qué extraño secreto había dejado dos vidas en suspensión de aquella manera.

Mis abuelos siempre habían mantenido una relación cordial, se querían, se respetaban, pero nunca vi ese algo especial que sí observaba en la relación de mis padres, prácticamente, hasta que mi padre falleció. En pocos años, los cambios habían sido tantos y afectado a generaciones tan diferentes entre sí, que quién podía calificar el comportamiento o las costumbres de una generación que nada tenía que ver con la nuestra. En cualquier caso, mis abuelos siempre estuvieron juntos, se hacían compañía y no se dejaban ni a sol ni a sombra, yo solo eché de menos entre ellos esa pasión que en mis padres desbordaba por todas partes.

Yo había perdido a mi padre por una enfermedad larga y agónica que fue acabando con él poco a poco y, realmente, tengo pocos recuerdos suyos fuera de la cama o alejado de su enfermedad. Además, su padre murió en la guerra. Esa era una de las razones por las que la guerra civil era un tema tabú para él, como si, por no hablar de las cosas, éstas desaparecieran.

La familia para nosotros era un gran conjunto de fantasmas sin ningún recuerdo ni ninguna historia a la que aferrarse.

La abuela decía que el abuelo se rompió en la guerra y que no siempre fue un hombre triste y melancólico, el hombre que vino con ella a Alicante fue transformándose a lo largo del trayecto, de manera que el hombre que llegó a Alicante nada tenía que ver con el hombre que salió del pueblo. Era como si con cada paso, con cada trecho recorrido, sus recuerdos y lo que él había sido, se iban quedando allí en el barro, en cada pisada. Pero que hubo un tiempo, antes de que la gente empezase a dispararse unos a otros, en que cuando mi abuelo entraba a un sitio, ese sitio resplandecía, se iluminaba.

Después de lo de las cartas, le di muchas vueltas a todo, yo estaba pasando un extraño momento, una época mala, una época mala que duraba ya demasiado tiempo. Me había dejado llevar y estaba completamente perdido, apático y sin ganas de hacer nada, sin ilusión, sin ninguna meta, así que me propuse averiguar lo que pudiera de aquellas cartas, a lo mejor así, averiguaba algo de aquella familia de la que no sabía absolutamente nada. La mía.

El domingo, unos días después de lo de las cartas, cogí una mochila, guardé en una bolsa de plástico el pequeño trozo del remite, algo de dinero y me subí sin pensármelo demasiado en un autobús con dirección a Madrid a visitar a una amiga y a buscar un pedazo de la historia. La historia de mi familia, que al igual que la historia del país durante aquellos años, se escondía entre las sombras a buen recaudo, enterrada en una montaña de remordimientos, rencores y pena, mucha pena.

Antes de marcharme, busqué entre las cosas de mi abuela y cogí uno de los pocos recuerdos que en la casa quedaban, quizá el único. Sin contar aquel extraño colgante con un trozo de hierro retorcido, que, desde hacía ya tiempo, era mi posesión más preciada. Aquel extraño colgante que mi abuelo antes de morir me colgó un día al cuello, dedicándome una sonrisa, la única que yo recuerdo haberle visto, pero sin explicarme nada. Así de raro era mi abuelo. Como digo, cogí ese recuerdo, una foto de aquella época en blanco y negro castigada por el tiempo, por si me era de ayuda en mi búsqueda. En la foto estaban mi abuelo, mi abuela y un grupo de personas desconocidas para mí, conectadas por sus cuerpos, buscando un lugar en el encuadre, compartiendo el espacio fotografiado con una sonrisa como del que no sabe lo que se le avecina. Estas fotos de antes y del periodo de entreguerras me producían miedo y nostalgia, parecen de una época tan lejana, en la que siempre intuyo una extraña felicidad y una mirada con un brillo especial, del que nada tiene y nada espera. Creo que hemos perdido algo necesario y muy importante en este tiempo, pero no sé bien que es, solo sé que, cuando veo fotos de aquella época, los rostros tienen un brillo especial que ahora soy incapaz de encontrar. Es como si, con el paso del tiempo, hubiésemos perdido nuestra razón de ser y ahora no supiésemos muy bien lo que queremos o lo que buscamos.

Llegué a Madrid al atardecer, la sensación al llegar a la ciudad en la que crecí era siempre especial y difícil de explicar, una mezcla de nostalgia y de falso arrepentimiento de haberla cambiado por otra ciudad. Pero, sobre todo, me sentía importante, siempre paseaba altivo sintiéndome alguien especial por sus calles, aunque era como si se pudiese oler que ya no pertenecía a ella, pero andaba por sus calles con la seguridad de alguien que sabe por dónde pisa.

Al mismo tiempo, mientras caminaba me sentía insignificante, dejaba de ser alguien, ese alguien que en las ciudades pequeñas tenía nombre y apellido y era reconocido por todos, para integrarme en esa masa sin forma con multitud de individuos que vagaba de un sitio a otro sin fijar su mirada en nada ni en nadie. Esa masa donde

la singularidad perdía todo su sentido, una auténtica contradicción, como todo lo que esta ciudad me hacía sentir.

La casa de Eva estaba en pleno barrio de Malasaña, uno de los barrios más antiguos y auténticos de Madrid. Tenía el encanto de las viejas construcciones de principio de siglo, una corrala donde el cuarto de baño estaba fuera de la casa, aunque varios de los estudios que se habían creado en las antiguas viviendas ya reformadas, disponían de cuarto de baño en su interior. Pero esto te recordaba cómo habían cambiado las cosas en poco tiempo y esos patios exteriores ahora vacíos, te hacían pensar en la vida que antes debían tener en su interior, donde todos sus vecinos se conocían y no se esquivaban unos a otros como hacen hoy en día y era fácil imaginar a toda aquella gente relacionándose y hablando en esa zona donde ahora no había vida ninguna y donde reinaba el silencio más absoluto.

Eva tardó bien poco en encontrar una dirección y el nombre del pueblo en aquel pequeño trozo de papel casi vacío, con apenas unas letras. Le resultó muy fácil, tan solo tuvo que hacer un filtrado en internet y unas cuantas búsquedas en Google Maps. Apenas tardó una hora en conseguir algo que yo podía haber tardado toda una vida en averiguar.

“Masegoso del Tajuña” en Guadalajara era el sitio elegido, el pueblo al que debía ir a buscar las raíces sobre las que descansaba el futuro incierto de mi familia, a punto de ser talado por los rápidos golpes certeros del destino.

Es curioso como un pueblo completamente desconocido para mí, con un nombre que me sonaba tan extraño, había marcado el principio y el final de mi familia. Un pueblo donde descubriría con el tiempo que mi apellido era compartido por gran parte de los aldeanos. Que mis ancestros habían corrido por aquellas callejas y vivido durante décadas en un sitio que para mí era completamente desconocido. Aquel sitio, que no significaba nada para mí, era el sitio donde descansaba toda la historia de mi familia, una clara

muestra de que todo lo importante en la vida, queda sepultado por el tiempo.

El ¿De dónde venimos? y el ¿A dónde vamos? ahora cobraba un nuevo sentido y una de las dos preguntas al final quedaba respondida y quién sabe si quizá la segunda a raíz de este viaje también quedase respondida. Porque a veces las respuestas como las desgracias vienen todas de golpe sin saber si quiera si estamos preparados para ellas.

Sin más dilación, le dije a Eva que al día siguiente por la mañana saldría para Masegoso. Yo no era una persona paciente y una vez sabido el nombre del pueblo no tenía sentido que siguiera en aquella casa, no debía perder más tiempo en Madrid. Además, la situación con Eva se había convertido en algo un poco raro e incómodo. Es increíble cómo se puede querer y compartir tanto con una persona y, con solo estar un par de años separados, ser ahora los dos tan distintos, como dos extraños que buscan a la otra mitad que dejaron, siempre en el sitio equivocado y que echan mano a recuerdos de un pasado tan cercano como lejana está ahora la química que antes había. Era como, si desde el momento de nuestra separación, cada uno hubiera tomado el camino más alejado del que habíamos compartido hasta entonces, pero en direcciones opuestas y nos hubiéramos convertido en dos personas tan distintas, que ni siquiera nuestros recuerdos de los mismos hechos coincidían ahora, por no hablar de esos silencios incómodos que estaban cubiertos de reproches.

De camino a la estación volví a caer en la cuenta de que Madrid sigue siendo una ciudad especial para mí y que siempre lo será por mucho tiempo que pasé y que cada rincón de la ciudad me traía algún extraño recuerdo. Recuerdos olvidados que venían a la cabeza al pasar por aquellas calles. Ahora que me marchaba, en la estación tuve claro que amaba tanto a Madrid por la capacidad que tenía para ponerme triste.

Además de encontrarme la dirección del pueblo, Eva me dijo algo en lo que yo no había pensado. Y es que, prácticamente, todo

en esta vida tiene su reverso y en este caso, no simplemente era importante la dirección, sino que había algo mucho más importante. Todas las cartas que vinieron tuvieron respuesta en otras que fueron y que, aunque mi abuela quemó unas, las cartas de mi abuelo, si es que las hubo, no pudo quemarlas y había una posibilidad de que también descansaran en la oscuridad de algún armario o de alguna caja de zapatos y estuvieran allí esperándome, quizá en Masegoso, aquel pueblo que me esperaba en la provincia de Guadalajara, una provincia que era una auténtica desconocida para mí.

Todas las preguntas tienen sus respuestas y en este caso los sentimientos, los pensamientos, los diálogos recorren siempre un viaje de ida y vuelta y es posible, que el valor que mi abuelo le dio a aquellas cartas, que no eran suyas, como su recuerdo imborrable, la otra parte también se lo hubiera otorgado a las suyas, dándome a mí la posibilidad de obtener parte de lo que buscaba. La mitad de una historia cuya otra mitad habían consumido las llamas, la mitad de una historia era suficiente para conocer la historia completa, una historia que hasta ahora para mí no había existido.

El trayecto fue largo y extraño, estos autobuses que recorren los pueblos en viajes sin fin por carreteras secundarias de un pueblo a otro dando vueltas sobre sí mismos, son una inolvidable muestra de que antes, el tiempo no era tan importante. Y como las posibilidades no eran las mismas, los viajes se convertían en recorridos interminables e incómodos, coincidentes con los de hoy en día, solo en principio y fin.

Yo estaba acostumbrado a usar todo tipo de transportes públicos, era algo necesario para mí, era prácticamente mi único momento de conexión con la gente, uno de esos pequeños momentos en que me sentía vivo mezclándome entre otras personas. Me aislaba en mi casa, donde pasaba gran parte del día, me aislaba en el trabajo donde también pasaba solo otra gran parte del día, no podía aislarme en el coche para ir de un sitio a otro. Necesitaba, aunque fuera por un instante, mezclarme con más personas, ver caras diferentes, escuchar sus conversaciones y

sentirme alguien, sentirme vivo, pero este trayecto era muy distinto a los que yo habitualmente hacía.

El autobús estaba prácticamente vacío, era como si nadie quisiese ir a los sitios a los que ese autobús viajaba, como si estuviese en el trayecto equivocado. Por el camino, el autobús paró en un montón de pueblos bastante desangelados, donde no se veía ni un alma, ni se apeaba nadie y entonces empecé a pensar en todos estos pueblos que habían sido abandonados con la construcción de todas esas autopistas que cruzaban la península de parte a parte. Todos estos pueblos que, al perder el uso de las carreteras nacionales que antes pasaban por ellos y les daban oxígeno y aire nuevo, se habían quedado sin aire y el olor a putrefacción se había ido apoderando poco a poco de ellos. Pero este no era el caso de los pueblos por los que el autobús casi ni paraba, porque no había nadie. El pueblo al que llegué y por los que pasé no habían recibido oxígeno ni se habían podrido posteriormente. Estos pueblos nunca habían recibido nada, habían vivido ausentes a lo que fuera de allí pasaba, simplemente descansaban en el olvido, parecía que hacía siglos que nadie pasaba por allí.

El pueblo en concreto, "Masegoso" descansaba silencioso en medio de un valle sin final, tenía dos partes claramente diferenciadas, separadas por un gran lavadero público, donde hace no mucho todas las mujeres lavaban a mano y hablaban durante horas de lo poco que pasaba por allí y de lo mucho que no pasaba.

En la parte nueva, construcciones de los años 70, que nos muestran lo relativo que es todo en el olvido, construcciones nuevas en estos pueblos olvidados que sin lugar a duda serían las construcciones viejas de muchas de las ciudades de hoy en día. Estas construcciones modernas de los años 70 sin personalidad ninguna, que rápidamente quedaron obsoletas y fuera de lugar, parecen residir en un extraño limbo en el que ni son antiguas ni son modernas, ni son feas ni son horribles.

En la parte vieja, que por otro lado era la única parte real y auténtica, nos encontrábamos con casas mal conservadas, construidas probablemente sobre los años 40, casas semiderruidas, abandonadas, con gruesos muros de piedra o de adobe, que respiraban historias acalladas por todos sus poros.

Busqué la dirección durante más de una hora ya que, aunque casi no había casas, era difícil diferenciar unas de otras y saber cuál era la que buscaba, sobre todo cuando no encuentras a nadie a quien preguntar, ni casi ningún letrero con los nombres de las calles. Tras unas cuantas idas y venidas, un pequeño letrero, tapado por el polvo del camino, me mostró que había encontrado la casa a la que mi abuelo había mandado todas las palabras que en un pasado habían significado algo para él.

La casa estaba cerrada, sin duda para que sus fantasmas no se escapasen, pero abandonada a su suerte en medio de la nada más absoluta. Era diferente a las demás casas que la rodeaban, más grande, más señorial, tenía algo especial, pero no sabía bien decir qué era.

Al fondo, prácticamente inapreciable, un pastor con un rebaño de ovejas se movía alejándose y haciéndose cada vez más pequeño. A la derecha, a la salida del pueblo, había una señora arrodillada en la cuneta dejando unas flores recién cortadas en medio de la nada, sustituyendo otras flores ya quemadas por el sol, allí donde la mujer se arrodillaba únicamente estaba el cartel con el nombre del pueblo. El único cartel en este caso, porque estos pueblos olvidados por el tiempo eran tan pequeños que no tenían dos carteles, uno a la entrada y otro a la salida como era la costumbre, solo tenían uno que marcaba que el pueblo existía, alrededor de donde las letras de este único cartel formaban su nombre.

Al fondo, junto a una pensión que parecía construida en el lugar equivocado, estaba el cementerio. El único sitio donde sí que parecía que había gente, todos aquellos que no pudieron marcharse en el éxodo a las ciudades, o que habían vuelto a descansar allí para toda su eternidad. Todos aquellos que yacían allí

abandonados, lo harían por los tiempos de los tiempos, con la única compañía de algunas flores marchitas que parecían rogar que las quitasen de allí, puesto que su cometido había sido realizado hacía ya mucho tiempo.

Entré a la pensión, que parecía construida en el lugar equivocado, aunque en ese pueblo cualquier lugar para una pensión era el lugar equivocado. Era una casa muy colorida y moderna, que contrastaba con todo lo que la rodeaba, pero además todo estaba puesto en su sitio con muy buen gusto, no tenía nada que ver con la pensión que yo me hubiera esperado encontrar allí. La entrada daba directamente a un salón poblado de muebles de Ikea, una planta diáfana con una ligera separación de espacios por medio de la decoración, sin ningún tabique, tan solo una pequeña pared de pavés de colores, con una escalera al fondo que adivino, llevaba a las habitaciones. El sitio era muy acogedor, con el sonido de la campana que golpeó la puerta al abrirla, la chica que trabajaba al fondo ensimismada mirando la pantalla de un ordenador portátil, alzó la mirada y se levantó despacio caminando desde el fondo con una ligera sonrisa en el rostro, mientras se encaminaba hacia la entrada.

Al llegar a mi lado, me dio los buenos días y me preguntó cuántos días me quedaría. Como no lo tenía claro, le dije que uno de momento pero que era posible que fueran más. Mientras le hablaba, intenté mirar hacia otro lado, pero era difícil apartar la mirada de sus intensos ojos azules. Ella me facilitó un impreso y me hizo rellenar el formulario de entrada con mis datos. Cuando hube acabado, me dio las llaves de la habitación a cambio de mi DNI.

Bajo el agua de la ducha me quedé un rato sin pensar, sólo sintiendo como el agua caliente descendía desde mi cabeza hasta el suelo de la ducha, recorriendo todo mi cuerpo. Esta era una de las sensaciones más placenteras para mí, a veces me quedaba así durante un largo periodo de tiempo, durmiendo despierto, en una especie de limbo muy placentero.

Una vez fuera de la ducha, me vestí y di varias vueltas por la habitación, empecé a pensar en cómo afrontar mi búsqueda y si esta me llevaría más de un día, ya que en un día parecía que daría tiempo a recorrer el pueblo, conocer su historia y aburrirse durante más de mil segundos.

Cuando bajé de nuevo al vestíbulo, antes de emprender un paseo hacia ningún sitio en especial, la chica amablemente se presentó, su nombre era Teresa y me ofreció un café que yo acepté encantado, esperando ansioso a las preguntas que cortésmente serían respondidas con más preguntas y, en efecto, la chica me preguntó cómo había ido a parar allí y como respuesta, yo le pregunté si sabía quién habitaba aquella casa o cómo podría encontrar a algún familiar de quien la habitaba. Ella guardó un instante de silencio y sorprendida me respondió que si yo le explicaba qué buscaba, ella, con mucho gusto, me pondría en contacto con familiares de quién había habitado aquella casa, porque la casa llevaba abandonada más de veinte años.

Desde la cristalera de la puerta principal de la pensión se podía ver a lo lejos a la mujer, que seguía arrodillada en medio de la nada junto a la cuneta. Desde fuera daba la impresión de que aquella mujer se hubiera equivocado de sitio. María, que vio lo que estaba mirando, antes de que pudiese preguntarle nada me dijo:

-Es parte de la historia no escrita de este y de muchos pueblos, muchos saben dónde están enterrados sus antepasados, sus amigos y sus enemigos, donde acabaron aquellos paseos que nadie quería hacer. Por eso ahora, cuando la gente sale de su casa dice que va a dar una vuelta, porque las vueltas siempre acaban en el mismo sitio del que salieron, los paseos, en cambio, eran un viaje sin retorno y muchos de los paseos acabaron en ese mismo sitio, al que ella está mirando sin conseguir ver nada. Este pueblo tiene un pasado muy triste como esa casa por la que preguntas. Esta guerra, como todas las guerras, no nos llevó a ningún sitio bueno, pero de todas las casas, ésa fue la única que vio todo lo que sucedió y todo lo que estaba por suceder.

Depositó encima del mostrador de la entrada la foto que había cogido de mi casa, sin preguntar nada. Cuando puse allí la foto de mi abuelo, mi abuela y los demás amigos que sonreían mirando a cámara, la chica se quedó sin habla. Levantó la mirada e hizo una ligera mueca antes de quedarse un instante en silencio. Luego me dijo que tenía esa misma foto y en efecto, la foto estaba enmarcada en un rincón del salón que parecía un santuario con fotos antiguas en blanco y negro, que se esparcían sin orden ninguno.

Señalando al hombre a la izquierda de mi abuelo, Teresa me dijo que era su abuelo y que, como muchos en el pueblo, también murió en la guerra. Ese es el efecto devastador de una guerra civil, no hay vencedores ni vencidos, para el país que la sufre todo el que cae es uno menos y eso es lo único real, al final es una resta continua que cuanto más dura, más tiende a infinito.

Al atardecer en el pueblo, con los últimos rayos de sol, se podía ver paseando allí a todos sus fantasmas, lo cual daba sentido al hecho de que, a aquella hora última de luz la llamasen la hora mágica. Ella y yo salimos a dar una vuelta, que no un paseo, antes de que la noche nos envolviera con su frío manto, conscientes ambos de que ella quería contarme algo y yo estaba deseando que lo hiciese y mientras esperábamos ese algo que nos unía y nos separaba, yo podía sentir el silencio más absoluto que nunca antes había sentido, ni siquiera el viento o ningún sonido ambiental se atrevía a romperlo.

Anduvimos por aquel pueblo fantasmal, sin romper el silencio existente y cuando llegamos frente a la casa, se paró un instante y pude ver una leve sonrisa de nuevo en su rostro, me miró fijamente y me dijo:

-Sabes, en la guerra civil esta fue la única casa en pie que quedó en el pueblo. Dicen que está protegida desde el más allá.

Después sacó una llave gigante de una bolsa que llevaba. Nunca había visto una llave tan grande, ni tan antigua. La introdujo en la

puerta de la casa y la abrió girándola hacia mi lado y diciendo:

-Ya tienes al familiar que buscabas. Esta casa la construyó mi bisabuelo, ahora sólo falta saber... ¿Qué más buscas?

Entramos en la casa donde apenas se vislumbraba nada, aquella negrura fue desapareciendo a medida que ella empezó a abrir todas las ventanas, mientras lo hacía unos haces de luz inundaron la estancia permitiendo ver el polvo acumulado allí durante años. El polvo, movido por la corriente de aire que se originó al abrir las ventanas, ahora emprendía el vuelo buscando salir de su encierro. Tras un corto paseo por la casa, lo único que pudimos encontrar, además del polvo, fue una total ausencia de todo. Una triste sorpresa para mí, que pensaba darme de bruces rápidamente con parte del pasado de mi abuelo y acabar allí mismo mi búsqueda. La decepción más absoluta se apoderó de mí por un instante y de golpe vi lo absurdo de mi viaje y de las expectativas que me había creado y acepté, por tanto, la escasa posibilidad de que en aquel auténtico erial yo encontrase lo que andaba buscando.

Ya no hicieron falta preguntas, me dediqué a observar aquella casa vacía, sin vida, con aquellas amplias estancias donde ahora no había absolutamente nada y fui consciente de que, lo que ella esperaba que yo le contase y lo que yo esperaba que ella o la casa me vislumbraran, era algo inexistente para hacer ese momento recordable.

Volvimos a la pensión de nuevo en silencio, recorriendo las calles vacías del pueblo sin vida, mientras la oscuridad inundaba todo, como si siguiese nuestros pasos de manera que, cuando llegamos a la pensión, la noche había ocupado el lugar dejado por aquellos escasos rayos de luz.

Ya de vuelta en la pensión, Teresa me presentó a su abuela, Sofía. Una mujer maltratada por el tiempo que tenía la cara demasiado ajada y aunque era pequeña, daba la sensación de que había sido una mujer corpulenta antes de venirse a menos, una mujer que, aunque había perdido la vista, tenía una cabeza muy

lúcida y muchas historias en la misma que vagaban por su cerebro, sin ningún tipo de límite temporal y contaba las cosas del pasado como si las cosas hubiesen ocurrido ayer mismo. La mujer se movía al ritmo de una mecedora que a mí personalmente me trajo muchos recuerdos de mi infancia. Junto a ella un brasero en el que había visto, hacía ya mucho tiempo, pasar a mis abuelos largas horas de invierno alrededor de la mesa junto a una buena partida de cartas. Decía Teresa que no se le podía preguntar que había comido ayer o la semana pasada, porque tenía problemas con la memoria en lo que se refería a las cosas que había hecho hacía poco tiempo, pero que recordaba los años del conflicto perfectamente. Lo único, que hablaba siempre con cuidado, midiendo sus palabras, filtrando continuamente la información pensando qué podía y qué no podía contar y como con miedo a que lo que recordase se quedase de nuevo a vivir allí en su cabeza.

La abuela miraba hacia donde yo estaba como si pudiera verme.

- ¿Quién de tus familiares estuvo aquí en el pueblo?

- Mi abuelo.

- ¿Cómo se llamaba?

- Ángel como yo, Ángel Puado.

La mujer se quedó un instante callada, pensativa.

- ¿Qué es lo que buscas?

- No lo sé. Su historia, quizá. Su pasado.

-La gente siempre busca algo. Todo el mundo busca algo. Pero no suelen buscar hacia el pasado como tú estás haciendo, porque aquí en el pasado... lo único que puedes encontrar son los horrores de la guerra, no hay muchas más opciones.

No me sonó muy bien aquello, había venido a buscar algo, no cabía duda, unas cartas, unas anécdotas, unos recuerdos. Algún conocido de mi abuelo que pudiera contarme algo sobre aquel hombre que cuando entraba en una habitación la iluminaba, no sé, algo, cualquier cosa.

Ella volvió a la carga, se quedó mirando de nuevo hacia donde estaba yo y dijo.

-Dicen que quien calla otorga, pero no nos equivoquemos, aquí nadie otorga nada, el que calla lo hace por miedo, por vergüenza o por puro desconocimiento. Teniendo en cuenta esto, es difícil sacar algo a la gente del pasado, pero tú has tenido suerte. Sin duda.

Tras una pausa siguió hablando.

-Nadie quiere enfrentarse con su realidad, por eso es extraño ver a alguien buscarla con tanta insistencia.

Entonces yo le conté que venía de Alicante, que había visto a mi abuela quemar aquellas cartas con esta dirección en el remite y que eso era lo que me había hecho venir hasta aquí, para encontrar alguna respuesta.

-¿Y por un hecho tan insignificante como el de haber visto quemar unas cartas, has recorrido casi 500 kilómetros?

-No tenía nada mejor que hacer.

-No entiendo esa necesidad que tenéis los jóvenes de querer saberlo todo, y de darle sentido a los hechos.

Me dijo que le dábamos demasiada importancia a cualquier cosa y que pretendíamos explicarlo todo, cuando eso nunca antes había sido necesario, que esa importancia que nos dábamos a nosotros mismos no tenía ningún sentido.

Además, se quedó extrañada de que la dirección de aquella casa estuviera en el remite porque según me dijo ella, la mayoría de las cartas durante la guerra civil se enviaban abiertas, sin dirección en el remite y sin nada demasiado comprometedor dentro, había demasiado miedo porque nunca sabías quien iba a acabar leyéndolas, con lo que en ellas nunca habría grandes secretos, ni sentimientos demasiado intensos, que la carta debía ser de después de la guerra, de mucho tiempo después.

-El problema de los recuerdos es que cada uno construye los suyos, dándoles forma, cambiándolos, transformándolos y al final no hay una realidad, sino muchas y es muy complicado saber cuál es la verdadera, si es que alguna de ellas tiene algo de verdad. Por eso, no debes tomar demasiado en serio lo que la gente te cuente de lo que recuerda de aquellos años, ni siquiera lo que yo te cuente.

-A mí no me queda mucho tiempo, -me dijo con una tranquilidad pasmosa- así que trataré de no contarte nada adulterado y ser lo más fiel a la realidad que pueda, además, no creo que hayas venido aquí para escuchar más mentiras. Ya nos han contado demasiadas, han conseguido que nadie conozca su pasado. Del año 35 al 75 no hay historia en España, es como si esos cuarenta años hubiesen desaparecido, ni siquiera se estudia en los colegios, no se conocen la mayoría de los hechos que ocurrieron entonces, no se comenta nada de aquella época, ni siquiera está bien visto que se hagan películas de la guerra civil. Nos han robado cuarenta años de nuestra historia porque aún queda mucho miedo, hay demasiadas cosas sin resolver y demasiadas mentiras en el aire.

- ¿Cómo se llama tu abuela?

- María.

Aquella mujer se quedó callada como un minuto, dio un sorbo al vaso de agua que tenía al lado y siguió hablando.

- Yo conocí a tu abuelo.

Para mi sorpresa, me dijo estas palabras con una seguridad pasmosa, que yo no acababa de comprender, porque ella no podía ver, pero en cambio sí podía saber lo que yo ni siquiera aún le había contado.

¿Cómo es eso posible?

- ¿Sabes qué recuerdo de tu abuelo?

Hizo una pausa y se quedó en silencio de nuevo.

Recuerdo su felicidad cuando era un niño, correteando con Matías por las calles del pueblo.

Pero sé muy bien que esa alegría se tornó en pena y amargura cuando abandonó el pueblo sin mirar atrás y sin despedirse de nadie, con el corazón roto. Porque tu abuelo se fue de aquí siendo otra persona diferente de la que alguna vez había sido. Se marchó de aquí siendo una sombra de sí mismo. Tu abuelo no se fue solo, le acompañarían dos personas que supongo que, a partir de entonces, compartirían su vida.

Lo cierto es que la historia de tu abuelo es la historia de Matías y la historia de Matías es la historia de tu abuelo, no se pueden contar por separado. Sus historias van tan juntas como las carreras que ellos hacían por el pueblo. Se hicieron buenos amigos desde ya bien pequeños, cuando aún no levantaban un palmo del suelo ninguno de los dos.

- ¿Estás seguro de que quieres escuchar su historia?

A veces las historias no nos muestran, ni mucho menos, lo que esperamos nos muestren.

-Sí. -Le respondí.

Cartas quemadas 2

Sofía

Matías era de buena familia, de buena cuna, como se decía entonces, el hijo de un noble venido a menos, que aún conservaba algunas propiedades. El padre de Matías no trabajaba en el campo como el padre de Ángel, pero se consideraba otro trabajador más y tenía unas extrañas ideas sobre la diferencia de clases que el resto de su familia no entendía. El padre de Matías era un hombre culto y un lector empedernido que, quizá, en una ciudad como Madrid, hubiese tenido su espacio entre los intelectuales de la época, pero que en un pueblo como este, ni tenía su espacio ni tenía a nadie con quien compartir sus inquietudes.

El padre de Matías era visto como un bicho raro por los de su clase y como otro bicho raro por los campesinos, y su hijo no podía ser visto de otra manera. “De tal palo tal astilla”, decían entonces. Un crío que correteaba como todos, pero que preguntaba como ninguno. Sus preguntas eran constantes e intentaba buscar una explicación lógica a todo lo que le rodeaba, algo extraño en aquellos años, donde la lógica no imperaba por ningún lado y donde la frase más dicha era “porque lo digo yo... ¡Y punto!”. Un crío tan desafiante intelectualmente, como apocado físicamente, al que la cultura y el intento de parecerse a su padre y buscar solución a los problemas y respuestas a sus preguntas no le hizo ningún bien.

Matías encontró en tu abuelo un bastón con el que apoyarse al andar cuando las cosas se torcían y tu abuelo encontró en él la explicación a las cosas que no entendía y el entendimiento de las cosas que no se explicaba. Juntos convivían y compartían su encuentro con un mundo interesante sin apenas limitaciones y eso, en ese periodo de la historia de cambios constantes, era bastante extraño.

Matías siempre se metía en líos, con sus compañeros, con sus profesores, con todo el mundo. Pero no era un mal niño, simplemente era distinto, tenía unos valores y una cultura fuera de lugar que ponía a mucha gente nerviosa. Su padre apenas tenía problemas porque, prácticamente, no interactuaba con nadie en el pueblo. Sin embargo, los encontronazos de Matías eran constantes, casi a diario y al final ya se sabe, éstos rebotaban de uno a otro buscando encontrarse de nuevo con alguien y al final todos llegaban a su padre, tras más de un rebote inesperado. Y era inevitable que su padre, al final, acabara encontrándose con todos los problemas que Matías le iba dejando por el camino.

Tu abuelo era su escudo con sus compañeros en el colegio y en las peleas entre los pueblos y él era la espada de tu abuelo ante los secretos de la vida. Todo el mundo sabía que enfrentarse a Matías era enfrentarse a tu abuelo, pero nada podía hacer tu abuelo con los profesores y con los jornaleros del lugar, para los que tu abuelo era un simple mocoso mal encarado.

No obstante, las cosas pasaban en aquellos años sin llegar nunca a nada serio, como las olas de un mar agitado, que parece que van a llevarse toda la arena de la playa, pero que pueden pasar días azotando la costa y la arena va y viene, pero nunca desaparece. Estamos hablando de antes de la guerra, eso sí. A partir del año 36, todo fue muy distinto y entonces sí que desapareció todo lo que podía desaparecer y mucho más, pero los niños ya se habían hecho hombres y estaban preparados para enfrentarse a cualquier cosa.

Matías quería a tu abuelo y tu abuelo quería a Matías, eran inseparables, uña y carne, y eso le trajo muchos problemas a tu bisabuelo también, además de al padre de Matías. Pero al padre de Matías nadie le tosía, nadie se atrevía a echarle nada en cara, en cambio tu bisabuelo empezó a ver aquella amistad con malos ojos, con muy malos ojos, aunque nunca eran los suyos, pero los problemas y las habladurías empezaron a multiplicársele al pobre hombre y el peso de éstos amenazaba con aplastarlo sin remisión.

Como explicarte lo rápido que corría el odio y la envidia por las callejas de aquellos pequeños pueblos. Como explicarte el contexto de una guerra que siempre saca lo peor de las personas, como explicarte lo que puede llegar a hacer el ser humano. Es difícil de explicar y difícil de entender, sobre todo, cuando unos años antes, la paz reinaba y los problemas prácticamente no existían. Pero en aquellos años todo cambió, cambió demasiado rápido y para mal, para muy mal.

Todo es distinto ahora, es difícil, muy difícil situarte en aquel contexto o valorar las cosas sin la información que hoy tenemos y sabiendo todo lo que iba a ocurrir, que ellos entonces no sabían. En esta historia no hay buenos ni malos, perdedores ni ganadores, aquí todos perdieron y mucho. El odio estaba en los dos bandos, todo se nos fue de las manos. La realidad era que había que elegir un lado de la balanza y para casi todos era fácil, aunque no siempre era el que deseaban, dejó de haber familias, dejó de haber vecinos, dejó de haber conocidos y dejó de haber amigos, solo había gente de un bando o del otro y la locura se generalizó. Lo peor de todo, es que la elección no venía marcada por los ideales, como hubiera sido previsible, sino que venía determinada, en casi todos los casos, por dónde estabas cuando la contienda te alcanzaba. Si el bando fuerte era uno en la zona donde estabas, poco había que decir frente a eso, si querías seguir viviendo, ése era el tuyo. Si habías dado muestras de que no era así, solo te quedaba correr a otro sitio donde tus ideales encontraran defensa, u ocultarte, pero nadie se oculta eternamente al destino que te persigue, así que, lo mejor era

correr mientras éste te perseguía, sabiendo que al final, con toda seguridad, te alcanzaría.

Matías y su padre se tuvieron que marchar del pueblo poco antes de que empezara la contienda. Tu abuelo escuchó algo que no debía escuchar y se encontró con la cruda realidad de cara, ese momento en la historia en que los niños se hacen hombres y los hombres se hacen peores personas, y tuvo que tomar algunas decisiones que le marcarían para toda su vida. Aquel día se hizo un hombre y aquel día sin lugar a duda fue el principio del fin. Actuó como tal y asumió que las cosas a veces no son lo que parecen y que siempre hay que ir más allá. Sabía que no iba a ser fácil, pero no se le ocurría ninguna solución mejor para enfrentarse a los hechos.

Esa mañana, tu abuelo salió de casa sabiendo que tenía que hacer que su amigo y su padre saliesen del pueblo, a ser posible aquel mismo día. Aquella semana ya se habían empezado a escuchar las primeras amenazas entre los vecinos que tenían alguna rencilla guardada, el cariz que iban tomando los acontecimientos no presagiaba nada bueno y el odio y el sinsentido corren más rápidos que la pólvora. Ángel se encontró con Matías en la plaza del pueblo y se fue directo hacia él sin pensárselo dos veces. Matías no se lo esperaba y le pilló desprevenido aquel encontronazo. Aunque Matías hubiera estado esperándolo, nunca hubiera podido definirse como una pelea, las fuerzas estaban demasiado desiguales y Matías no se esperaba algo así.

Ángel pegó una paliza a su mejor amigo, jaleado por el resto de la gente que había en la plaza y le hizo sangrar a borbotones, apenas media docena de puñetazos y el daño estaba hecho, con cada gota de sangre que caía de Matías a Ángel se le creaba una herida profunda por dentro que tardó mucho en cicatrizar. Los odios se habían disparado, demasiado rápido. Ángel y Matías habían compartido ideales claramente durante esos años, pero el padre de Matías, aunque apoyaba a la República, era un empresario, un terrateniente con pocas propiedades, cada vez menos, pero un

terrateniente. Y en aquellos años se provocaron una sucesión de acciones violentas, cuya única manera de esquivarlas para Matías y su padre era alejándose del pueblo y Ángel lo sabía, además sabía que, si no salían rápido, nunca saldrían.

Fue aquel hecho el que hizo ver al padre de Matías que las cosas se les estaban yendo de las manos y que tenían que alejarse, tomar distancia, al menos del pueblo. El pueblo ahora se había dividido claramente, esto era el germen de la posterior división en dos bandos del país, el bando Republicano y el bando Nacional.

Todo aquello, que en aquel momento parecía un sinsentido, lo hizo tu abuelo para conseguir que Matías y su padre se marcharan del pueblo. Sabía que, si no conseguía meterles el miedo en el cuerpo y mostrarles lo que les atenazaba, no conseguiría que se marcharan y que se enfrentaran a la cruda realidad, que era mucho más cruda que la realidad imaginable, como siempre suele pasar.

Al día siguiente, estaba preparada una visita al padre de Matías sin muy buenas intenciones y tu abuelo no podía ignorar esa información, que le había llegado de casualidad por su padre, ya que sabía que a Matías no le esperaba una mejor suerte. Así que hubo que forzar las cosas y también las forzó para su padre que, a partir de entonces, siempre estuvo bajo sospecha y al borde de la línea que separaba los supervivientes de los desaparecidos.

Un par de meses después, cuando la distancia y el tiempo que los separó hizo que las cosas se vieran más claras, empezó el intercambio de cartas. Fueron muchas, porque era mucho lo que había que explicar, fueron muchas las sensaciones y muchos los sentimientos de dos personas que nunca antes se habían separado y para las que ahora había un gran vacío. Con los intercambios de cartas las verdades salieron a la luz, aunque la realidad sacó la mayoría de ellas rápidamente en el pueblo, bajo la mirada del miedo de los que todavía no se habían posicionado en un lado de la balanza. En poco tiempo solo existió un lado y el que no estaba en ese lado salió de su casa y ya nunca más volvió. Guadalajara era del bando Republicano, Matías y su padre eran de ideas

Republicanas, pero no apoyaban la violencia que según el padre de Matías solo dejaría un país de ciegos, y en aquellos años, cuando no estabas de acuerdo con tu bando, pasabas a tierra de nadie y en tierra de nadie, la supervivencia era complicada, así que no tuvieron más remedio que escapar hacia otra zona Republicana, los sinsentidos y los absurdos imperaron durante aquellos años.

Matías y su padre fueron los únicos que escaparon de aquel primer escaqueo contra los enemigos de clase y la iglesia, las enemistades manifiestas llegaban hasta los que esperaban encontrar, así que, como digo, hubo mucha desconfianza desde entonces hacia tu bisabuelo, pero él hizo lo que tenía que hacer, sin tener cultura ni conocimiento ninguno, supo mantener la calma en aquellos tiempos de locura.

Antes de marcharse, el padre de Matías intentó convencer a los maestros, las únicas personas con las que mantenía algo de relación, de que se alejaran del pueblo y volvieran a sus hogares, que los tiempos se estaban volviendo muy peligrosos y las cosas cambiaban rápidamente y ellos siempre estarían en el punto de mira, pero fue inútil. Le dijeron que se estaba equivocando, que no había de qué preocuparse, que la gente no era tan mala, y que los cambios serían para bien. ¡Pobres desgraciados!

Fueron años de mucho miedo, nadie paseaba tranquilo, todo podía cambiar en un instante. Se acusaba a todo el mundo y no había que probar nada para apoyar las acusaciones. Mucha gente vivía escondida en los pajares, en las nayas, en los sótanos e incluso tras tabiques construidos para la ocasión en el sitio adecuado, mucha gente estuvo años sin ver la luz, solo en la oscuridad estaban a salvo.

Se han contado muchas historias sobre lo que pasó y se ha jugado mucho con los datos, se contaron historias cambiando los hechos incluso cambiando sus protagonistas. Todos los hechos dependían de quien los contara. Desde el momento en que se tuvo constancia de la importancia de la información, esta se tergiversó, se maleó y se cambió. Todo era posible y todo valía. Hay mucha

mentira en la verdad, el tiempo cambia el sentido de las cosas y estábamos viviendo tiempos sin principios, ni cordura.

Algo le pasó al padre de Matías cuando salió del pueblo, a veces cambiando de ciudad y de sitio parece que las cosas cambian, pero es una falsa realidad, como lo son todas las realidades, porque todas están destinadas a cambiar y a hacer falsas las certezas anteriores. En un tiempo de cambios continuos, la única realidad es la certeza de que nadie está a salvo del destino y su padre lo encontró en el sitio más insospechado, unos años después. La vida en Alicante era tranquila y parecía que allí estaban a salvo.

Aquel 25 de mayo, según me contó Matías, su padre se acercó al mercado para comprar algo y prepararle una comida sorpresa por su cumpleaños, pero la sorpresa se la llevo él, haciendo la compra en el mercado de la ciudad donde habían decidido comenzar una nueva vida, con otros planteamientos distintos, todos ellos ocupados por el silencio. El Mercado de Alicante aquel día se convirtió en una trampa mortal para más de 300 personas. Trampa en la que él encontró el final que había esquivado en Guadalajara, como la vieja historia en que la muerte se sorprende de ver a alguien en un sitio cuando tenía que encontrarse con él en otro muy lejano. Pues así pasó, y el padre de Matías, que empezaba a encontrar su lugar de nuevo, se marchó rápidamente al sitio donde tanto insistían en llevarlo, arrastrado por un río de sangre que corría por la calle Calderón abajo.

El destino siempre te esperaba en cualquier sitio en el que tú no lo esperabas a él. Cuando el padre de Matías desapareció, Matías tuvo claras muchas cosas y una de ellas era que... siendo tan joven, estaba seguro de que no iba a salir vivo de aquella contienda, que su país se había vuelto loco y que él no iba a verle recuperar la cordura. Así que, viendo el cariz que tomaban los acontecimientos, no pasó ni un día más de su tiempo en aquella ciudad que le había robado lo poco que le quedaba. Le mandó la última carta a tu abuelo diciéndole que iba a volver lo antes posible y que, si tenía que morir en algún sitio, allí debía de ser. Tu abuelo le insistió que por favor no

volviera, sabía que aquí en este pueblo no había nada esperándole, que las cosas se habían puesto bastante complicadas, pero aquella carta nunca le llegó a Matías, que ya había emprendido el viaje de vuelta al pueblo.

Aunque tu abuelo no quería que Matías volviese al pueblo por los peligros que podía correr allí, por lo complicadas que estaban las cosas, entendía que, al perder a su padre, había poco o nada que le retuviese en Alicante y sabía que su amistad y aquel pueblo era lo único que daba sentido a su vida en aquel momento de pesadumbre.

Sofía, la abuela de Teresa, interrumpió de repente el relato y se quedó mirándome fijamente, como si realmente pudiese verme, me sonrió y me dijo...

-Vamos a cenar algo y luego seguimos con la historia.

-Vale de acuerdo. Pero... ¿Cómo sabe usted tanto de esta historia? Mi abuela apenas habla de la guerra, bueno, mi abuela ya apenas habla de nada.

-Tu abuela sufrió mucho y supongo que su dolor siempre está de vuelta. Al menos, siempre que acude al pasado mediante el recuerdo, por eso tu abuela no recuerda, no habla y si pudiera, no pensaría y sé bien de lo que estoy hablando.

- ¿También conoce a mi abuela?

- Mucho, quizá demasiado, porque tu abuela... Es mi hermana.

Aquellas palabras me dejaron descolocado, callado, sin saber muy bien qué decir. Si aquella mujer quería parar la historia, dejando un final con interés, un punto de retorno necesario, lo había conseguido, o quizá, realmente, aquella dulce mujer que no veía el presente había perdido el norte y tampoco veía el pasado. Teresa y yo nos miramos sin saber muy bien qué decir, ella lo había dicho

todo. En ese instante de silencio incómodo inevitablemente, se volvió a girar y me dijo:

-No te preocupes, eso, como todo, también quedará respondido. Estamos aquí para desenterrar recuerdos y para sacar las verdades de la más profunda oscuridad, para eso has venido. ¿No es así?

Yo me quedé tan mudo como ciega estaba ella. Teresa, desde el lado derecho, la escudriñaba intentando entender a qué se refería con lo de que era su hermana, que ella supiera, su abuela no tenía hermanas y eso no es algo de lo que una se acuerda de repente. ¿Estaba jugando con aquel chico que había llegado buscando su pasado? y ¿la había metido a ella en el juego sin darse cuenta? Ella también empezaba a tener preguntas sin responder y claro que quedarían respondidas, faltaba más. El juego cobró interés para ambos, así que en silencio nos levantamos y siguiéndola nos dirigimos a la cocina.

-Os habéis quedado muy callados. -Dijo ella desapareciendo por el pasillo.

Los tres nos sentamos en la mesa de la cocina en silencio y comimos, por lo menos yo, sin mucho apetito, probablemente debido al nudo que se me había hecho en el estómago. Teresa tampoco comió demasiado y siguió mirando a su abuela en silencio, la vieja, por el contrario, sí que comió algo y cuando acabó, con una parsimonia que sólo he visto en las personas mayores, empezó a beber de un vaso de agua, paseando su mirada por la cocina como si buscara algo que la ayudara a empezar de nuevo a encarrilar la historia.

-Si os parece bien, seguiremos con la historia en orden y la historia irá encontrando sus verdades por el camino.

Los primeros en morir, inevitablemente, fueron los religiosos y los empresarios en los primeros escarceos. Luego, en la guerra civil, todo se volvió un poco loco y las cosas cambiaban de un lado a otro, no obstante, sí que recuerdo claramente lo de los maestros. En una

guerra siempre muere gente y se mata a gente, pero lo de los profesores no se podía permitir, habían enseñado a leer y a pensar a unos chiquillos que ahora sabían más que sus padres y les exigían salir de la miseria. Para elegir salir de ella hay que ser consciente de cómo son las cosas, solo el conocimiento nos hace avanzar, pero en este caso el avance los llevó al abismo. Había mucha gente que quería acabar con esto, demasiada gente pensando libremente sin control ninguno. Así que los maestros fueron las primeras víctimas en toda la zona nacional, al igual que lo fueron los religiosos en la republicana. La ciencia y la religión quedaban así unidas de por vida en un extraño matrimonio hasta nuestros días.

Aquella fue una época de fantasmas, el pueblo estaba plagado de ellos y nosotros, no podíamos sino asustarnos e intentar estar en casa cuando caía la noche. Estaban los fantasmas de los muertos, los de los desaparecidos y en todas las familias había alguno, o muerto o desaparecido. Normalmente los desaparecidos estaban escondidos como ya te he dicho en las nayas, en habitaciones tabicadas, en sótanos etc. Yo recuerdo haber visto al tío de una amiga y su madre nos dijo.

-No tranquilas, lo que habéis visto es un fantasma, tu tío no puede ser, porque está muerto y no lo comentéis con nadie.

Muchos de estos fantasmas hicieron nuevas vidas en otros sitios e incluso en algunos casos, en el mismo pueblo, pero siempre con mucho cuidado y con mucho miedo, porque al mínimo descuido podían ser delatados fácilmente y todos los que estuviesen cerca pasaban, inmediatamente, a ser cómplices.

No eran tiempos de historias de amor, eran tiempos de miedo y hambre, que nos marcaron a todos. Mi madre, hasta el día de su muerte, siguió comiendo el pan del día anterior que ya estaba duro y eso que, prácticamente, no tenía dientes. Yo intentaba explicarle que, si un solo día tiraba el pan duro, ya podría comer el pan del día a partir de entonces y no quedaría pan duro para el día siguiente, porque si no, entraba en un círculo vicioso, en el que siempre

comería pan duro. Pero mi madre, que pasó tanta hambre en la guerra, decía que el pan no se tiraba y así fue durante toda su vida. En casa nunca se tiró pan, pero ella prácticamente nunca comió pan del día.

Todo ha cambiado demasiado estos años, incluso la manera de relacionarse. En los pueblos, antes de la locura generalizada que fue la guerra civil, la gente se saludaba por la calle, se preocupaba por los demás, no éramos mejores personas o más inteligentes de lo que son ahora, pero si éramos más educados. Mucho más educados.

Respecto a las cartas, todo aquello ha desaparecido. El anhelo y la ilusión con la que se esperaban, ya no existe hoy en día. Ha desaparecido, ese intercambio de información discontinuo, con aquellas largas esperas, que creaba una ansiedad, unas expectativas y unas sensaciones hoy difícilmente recordables en estos tiempos de transmisión continúa de la información. No es que no sea lo mismo, es que no es ni si quiera parecido, siendo el mismo acto. El tiempo del trayecto le da un significado y una perspectiva completamente diferente.

Hoy no veo a nadie con la boca abierta, a nadie sorprendido, estamos de vuelta de todo y, sin embargo, no hemos ido aún a ningún sitio, fuera de nuestra zona de confort. No miramos al futuro porque no nos gusta lo que vemos, ni miramos al pasado porque nos avergonzamos de lo que vemos o porque nos lo impiden. Así que acabamos por no mirar y por no mirar, ni siquiera miramos a nuestro alrededor y simplemente giramos la vista a donde algunos nos dicen que tenemos que mirar y eso no es mirar. No, no es mirar...

La gente ya no piensa, simplifica todo al máximo y adopta como suyos los pensamientos de otros, siendo de esta manera manejables en el más amplio sentido. La posibilidad de reflexión desaparece y cualquier mínimo avance en esta línea es tiroteado desde los altos puestos de la comunicación. Los francotiradores desaparecen y todo el mundo apunta su arma al mismo sitio y

disparan a una diana agujereada ya una y otra vez pensando, por alguna misteriosa razón, que son los primeros que disparan a ella, cuando es obvio que ni ellos pusieron la diana allí, ni son los primeros en disparar.

Sofía paró a beber de nuevo, en esa pausa me quedé mirándola embobado, lo que decía aquella señora mayor, ajada por el tiempo, no me parecía propio de alguien de su edad ni siquiera en la manera de expresarse; sin apenas tomarse un respiro siguió hablando.

La desconfianza en aquella época lo invadía todo. Los que habíamos visto, lo que la gente que ahora callaba era capaz de hacer, sabíamos que caminábamos por un terreno lleno de trampas que en cualquier momento podía pillarnos desprevenidos, las cartas del juego después de lo que pasó quedaron marcadas y todos nos conocíamos, de manera que nadie quería jugar con nadie.

Es curioso como la crueldad y la barbarie que lo invadió todo, de repente se transformó en silencio cuando todo acabó. Eran inimaginables esos comportamientos por otro lado normales, que se podían observar.

Yo recuerdo a Matías y a tu abuelo con especial cariño, pasamos mucho tiempo juntos los tres, porque antes no era como ahora, que la gente se aísla y se esconde en sus habitaciones. Antes de críos, estábamos siempre en la calle y son muchos los momentos que podría recordar, si no fueran tan tristes, ahora que sé que ninguno de los dos está en este mundo.

Matías siempre se portó muy bien conmigo, éramos casi familia, nuestras madres eran las mejores amigas, pero en aquellos tiempos no era como ahora, la familia y los amigos tenían un significado muy especial, compartíamos la casa y compartíamos todo, por eso la guerra fue tan dura porque rompió lazos que hasta entonces eran irrompibles. Hubo un tiempo en que los tres corríamos juntos por el pueblo, pero eso se acabó un buen día. Yo era la envidia de todas las chicas del lugar, Matías y tu abuelo rompieron muchos corazones en el pueblo, demasiados, y aunque yo era muy feliz en

compañía de ambos, con el tiempo llegó un momento en que no hubo más remedio y nos separamos, eran cosas de aquellos años. Mi madre insistía en que tenía que jugar con las niñas y que no estaba bien visto que pasara todo el tiempo con dos chicos. Yo no la entendía, pero obedecí como era mi deber así que, mientras jugaba con las chicas, los miraba con envidia. Seguir jugando con ellos era lo que a mí me hubiera gustado. De hecho, les eché muchísimo de menos por tantos momentos compartidos, pero no pude culparles, con el tiempo lo entendí todo y lamenté mucho que la intromisión de nuestros padres acabara con una amistad verdadera. Fue desde la distancia, cuando ya no podía jugar con ellos, cuando me di cuenta de que me había enamorado poco a poco de Matías, fue como un hongo que se multiplica rápidamente. Un día sentí algo especial y cuando me quise dar cuenta, estaba locamente enamorada de alguien que había sido como un hermano para mí. Me sentí muy culpable por ello, pero cuando Matías desapareció del pueblo, pensé que esos sentimientos se irían con él, pero como mi madre decía, las historias de amor son como esas inscripciones de dos nombres unidos por un corazón y una flecha que aún se pueden encontrar en algunos árboles, que no se borran fácilmente. La única manera de hacerlas desaparecer es cortar un trozo de la corteza, no se puede ser selectivo o cortar todo lo que la rodea o no hay manera de hacerlo, por eso el amor no se puede borrar, la única manera es hacer desaparecer el trozo de árbol donde una vez ocupó un lugar.

Cuando Matías decidió volver al pueblo tras la muerte de su padre. Tu abuelo que conocía perfectamente mis sentimientos me convenció de que les ayudara y yo pensé que la vida siempre te da una oportunidad de devolver lo que una vez recibiste y esa era mi oportunidad, así que cuando me encontré a Matías hambriento y enfermo a su vuelta de Alicante, le di cobijo escondiéndole en un pequeño cuarto con una trampilla y le alimenté y cuidé hasta que de nuevo cogió fuerzas. Yo le avisé que no había sido buena idea volver al pueblo donde las cosas no se habían calmado lo más mínimo, que la gente no se había olvidado de él, y que, aunque los republicanos lo hubiesen echado, él era un republicano convencido

al igual que su padre y eso nadie lo podría borrar, que la gente nunca olvida y en efecto, la gente no había olvidado y las cosas fueron demasiado rápido para todos y eso que a la guerra no le faltaba ya mucho para acabar, pero claro aquello ninguno lo sabíamos.

Matías pasó un tiempo en mi casa oculto, formando parte de la amplia lista de fantasmas que vagaban por el pueblo cuando caía la noche. Tu abuelo venía a verle siempre que podía; venía por la noche, con mucho cuidado, porque cualquier pequeño descuido podía acabar con Matías en la cárcel o en algún sitio peor. Ellos se miraban, reían y recordaban los buenos tiempos, cuando la gente aún no se había vuelto loca, parecían muy lejanos aquellos tiempos ya.

Durante los dos años de ausencia de Matías, tu abuelo había tenido que encontrar la manera de hacer que los problemas de su padre, tu bisabuelo, desapareciesen al fin, la solución fue dejarse querer por la hermana de un alto cargo del ejército. En aquellos días nadie tenía más poder que los militares. La chica se llamaba Yolanda. Eso ayudó a solucionar muchos de sus problemas ya que había mucha gente que los tenían en el punto de mira, y las cosas cambiaban rápidamente.

Tu abuelo tenía una relación muy tirante con el hermano de Yolanda, que a base de miedo se había hecho con un lugar importante en el pueblo. Las cosas se precipitaron muchísimo cuando llegó Matías. Estaba claro, porque siempre había sido así, que los problemas perseguirían a Matías allí donde iba. Aquel pobre chiquillo, que ahora era ya todo un hombre estaba predestinado al sufrimiento, siempre había sido así. Unos meses antes de llegar Matías, tu abuelo fue obligado a casarse porque Yolanda quedó embarazada. Las soluciones eran rápidas en aquella época. Aquella mujer, Yolanda le trajo la desgracia a tu abuelo y tu abuelo le trajo la desgracia a ella. Yolanda y yo nunca tuvimos buena relación, a mí personalmente aquella familia nunca me gustó. Pero lo de su hija era otra historia, aquella chiquilla era capaz de transformar todo lo

que le rodeaba con aquella sonrisa angelical, muchos decían que era la sonrisa que una vez tuvo tu abuelo.

-Pero mi abuela no se llama Yolanda se llama María, no entiendo nada, ¿Quién es esa Yolanda?

Sofía paro un instante, tomó aire

-Buscas las respuestas demasiado rápido, dale tiempo a la historia, la que tú crees que es tu abuela, no lo es en realidad, como ya te he dicho antes es mi hermana.

- ¿Puedo continuar?

Y mirándome a los ojos me preguntó:

-Creo que tienes una copia de una foto de nuestro rincón de los recuerdos, ¿no es así? dijo Sofía, buscando el lugar que yo ocupaba y sin esperar mi respuesta Sofía siguió hablando.

Yolanda era una persona muy insegura y empezó a tener constantes ataques de celos en el momento que percibió un cambio en tu abuelo, él desde la marcha de Matías se había vuelto una persona triste, huraña y solitaria, pero de repente y como por arte de magia su rostro volvía a brillar. Así que ante las continuas ausencias de tu abuelo ella empezó a seguirlo. Tu abuelo tenía mucho cuidado con todo lo que hacía, tomaba muchas precauciones, pero era demasiado fácil tener un pequeño descuido. Ella empezó a consumirse por los celos, notaba el odio con que me miraba, pero al mismo tiempo calló por miedo a perder a tu abuelo y vivió con aquellos celos y aquellas dudas de que sería lo que pasaba en la casa durante meses, pero nada en este mundo es eterno, y un buen día le prohibió a tu abuelo volver a visitar nuestra casa, y como tu abuelo no obedeció en un ataque de celos se lo contó a su hermano y todo se precipitó.

Aquel fue el peor error que tendría aquella pobre mujer, y por el que pagaría toda su vida. Su hermano era un mal bicho, una mala

persona, con demasiados lazos con el poder, un hombre sanguinario, lleno de odio y de rencores. Aquel desgraciado hizo varias visitas a la casa, tirando todo a su paso y poniendo todo patas arriba en varias ocasiones, sin saber muy bien lo que buscaba, pero con la firme intención de descubrir lo que pasaba.

El hermano de Yolanda llevaba muchos años persiguiendo a mi hermana María, cortejándola, e intentando convencer a mi padre de que, si permitía el casamiento, las cosas mejorarían para nuestra familia, pero yo no bajé la guardia ni un instante y no le permitía acercarse a María o quedarse a solas con ella, odiaba a aquel demonio al que había visto asesinar de un tiro a un vecino sin el más mínimo remordimiento, pero la gente le tenía mucho miedo.

Sin duda el odio del que hablo era mutuo y él no entendía que era lo que provocaba que yo no le tuviese miedo como el resto del pueblo, así que una noche que estaba a solas en casa, se presentó con las cosas muy claras. Él intuía que yo sabía algo que no quería contarle, no sabía si tenía algo con Ángel o si era algo referente a Matías y se dejó llevar por el odio que siempre sentía. Sabía que Matías nunca había dejado de defender las causas perdidas y en más de una ocasión en el patio del colegio se había puesto en medio para impedir algún abuso de poder sin pensárselo dos veces, así que de alguna manera estaba cantado lo que había de pasar.

Matías y yo pasamos mucho tiempo juntos aquellos meses. Tu abuelo venía a verlo a menudo, pero el resto del día Matías y yo hablábamos y bromeábamos, aunque no eran tiempos ni para bromas ni para el amor, pero yo no pude evitar poco a poco empezar a revivir aquellos sentimientos que una vez albergué por él y que afloraron de nuevo, en un momento como digo poco propicio para ello. Matías que tenía una gran falta de cariño y de apoyo simplemente se dejó llevar y vivimos un idilio maravilloso, puedo ahora decir con el paso de los años que fueron los meses más felices de mi vida.

Un buen día el hermano de Yolanda, esperó a que yo estuviese sola en la casa para llevar a cabo sus planes, aquel desgraciado

entró a la casa como un elefante en una cacharrería tirando todo lo que se encontraba en su camino, creando un ruido ensordecedor. Cuando me acerqué a pedirle explicaciones, me tumbó de un puñetazo directo a la mandíbula. El labio no paraba de sangrarme mientras él tiraba armarios vajilla, adornos, etc. Todo lo que caía bajo sus manos acababa hecho añicos. Yo intente levantarme y coger un cuchillo, pero antes de que pudiera siquiera acercarme a la encimera, me agarró del cuello y me levantó en el aire. Su mirada estaba cargada de odio, sus ojos inyectados en sangre y yo allí arriba pensé que había llegado mi momento, me faltaba el aire y estaba a punto de desmayarme cuando vi como Matías salía de su escondrijo y se dirigía hacia él, había salido a defenderme, entonces por la falta de oxígeno todo se fundió a negro.

Cuando desperté estaba en una celda, me habían llevado a la prisión como encubridora, al final aquel desgraciado lo había conseguido, tenía la manera de presionar a mi padre de que éste le diese su bendición y por fin poder casarse con mi hermana como pretendía, lo que él no sabía es que a la guerra no le quedaba mucho para concluir y que aquellos días cambiarían el futuro de todos. Yo realmente no sé qué es lo que pasó, de hecho, no volví a saber nada más de él, lo último que recuerdo es a Matías fuera de su escondrijo acercarse hacia él para defenderme, pero a partir de aquel momento todo estaba turbio y borroso, y lo que allí pasó es un misterio, es algo que nadie sabe con certeza. Lo que está claro es que aquel día Matías desapareció, también desapareció tu abuelo con su hija, el hermano de Yolanda y mi hermana a la que ahora sé que tu padre se llevó sin duda como yo le había pedido muchas veces, para salvar su vida, si algún día a mí me pasaba algo, al menos es lo que yo esperaba que hubiese pasado y lo que ahora tengo la casi total seguridad que pasó.

Lo que realmente pasó aquel día quizás solo lo sepa Yolanda, pero es la mujer que nunca habla, desde ese momento decidió no volver a hacerlo y hasta hoy no ha dicho palabra.

Yo le había pedido a tu abuelo muchas veces que si alguna vez se marchaba se llevase a mi hermana con él, porque aquel mal bicho, estaba embelesado por ella e iba a hacerla suya finalmente. La acosaba, la amenazaba y las cosas iban encaminadas directamente a un final dramático. Tu abuelo me juró que, si algún día decidía irse, se la llevaría con él y como te digo quise creer que así fue, pero nunca lo supe a ciencia cierta.

- ¿Dónde está la mujer que nunca habla?

Entonces fue Teresa la que habló.

-La viste el otro día arrodillada en el arcén, lleva toda su vida pagando por sus pecados, pero nadie sabe cuáles fueron, allí en aquel arcén está la respuesta sin lugar a duda, pero no está al alcance de nadie.

Sofía se mojó los labios de nuevo y pegando un pequeño sorbo habló.

-Lo único bueno de no volver a ver, es no volver a cruzarme con ella.

Mira detenidamente la foto me dijo de repente, empujando la foto por la mesa.

- ¿Qué es lo que ves?

-A un grupo de amigos sonriendo porque no sabían lo que se les venía encima.

-En efecto. En aquellos años no necesitabas nada para ser feliz. La vida era suficiente.

- ¿Quién era Matías? Me ha dicho Teresa que el hombre de la izquierda era su marido.

-Si, en efecto. Matías es el que sonrío a la derecha de tu abuelo.

- ¿Queda alguno vivo de esta foto?

-No, no creo.

- Eran muy amigos, ¿verdad?

-Claro que sí, se querían de verdad. A veces la amistad importa más que nada, sobre todo en tiempos de locura y miedo donde el amor no tiene cabida. La amistad en aquellos años era importante, muy importante, y ellos... ellos eran los mejores amigos.

Recuerdo perfectamente el día que saqué la foto.

Lo de Matías fue muy simple y absurdo al mismo tiempo. A veces en la vida hay cosas que siguen un curso y todos saben que van a acabar de una determinada manera y no hay nada que se pueda hacer contra eso. Es una pena, pero a veces es así. En este caso un chico inteligente como él se debía haber dado cuenta del curso que tomaban los acontecimientos, pero era demasiado idealista. Quería cambiar el mundo, y todas las personas que he conocido que querían cambiar el mundo, fueron cambiadas por el mundo. Él estaba a favor de la paz no quería tomar partido, pero en la vida siempre hay que tomar partido, todo el mundo ha de jugar cuando el partido comienza. Cuando hay un conflicto las cartas están sobre la mesa y has de jugar las que te han repartido, pero él quería otras y eso no era posible y menos en un pueblo en el que todo el mundo sabía que cartas llevaba el otro, así lo único que consiguió fue ponerse a todos en contra.

Con el tiempo, en la cárcel se cambiaron los fusilamientos por los indultos y al final conseguí salir de prisión, con una clara pérdida de visión y pocas ganas de empezar de nuevo o de reencontrarme con mi pasado. Volví aquí, pero el pueblo nunca ha vuelto a ser el mismo. Aquel día desaparecieron demasiadas personas, demasiadas historias cambiaron y demasiadas dudas me atenazaban, desde ese día no volví a saber nada de mi hermana y aunque pensé que nunca más me sentiría aquí a gusto ya ves... Al final todos encontramos nuestro lugar e incluso en algunos

momentos en un lugar apagado como este en el que todo parecía fuera de lugar.

Matías después de romperme el corazón cuando éramos unos chiquillos me lo compensó, compartiendo conmigo aquellos meses, que darían un poco de luz a toda la oscuridad de aquellos años, le hubiera dado lo que hubiera necesitado, era un alma pura, pura de verdad. Estar con él, fue lo mejor que me ha pasado en esta vida. Y creo que él se entregó para salvarme a mí y yo no pude salvarlo a él. Hubiera hecho cualquier cosa por él si hubiera tenido la mínima oportunidad, pero no la tuve, ni siquiera sé que pasó después de perder el conocimiento. En la vida hay uno o dos momentos o sucesos que nos marcan para siempre y yo tengo la sensación de que ese fue el mío y sé que algo malo le paso a Matías aquel día, porque si no hubiera sido así, él y yo nos hubiéramos vuelto a encontrar de eso si estoy segura.

Y ahora sí que me marcho a dormir.

-Buenas noches mis dos ángeles dijo girándose mientras desaparecía por el pasillo.

Una vez desapareció, nos quedamos en silencio, sin saber muy bien que hacer, yo necesitaba que me diera un poco el aire y pensar en toda aquella información que ahora formaba parte de mi vida, parte de aquel pasado huérfano que durante estos años había sido como una novela por escribir con todas las hojas en blanco. Ella había contado lo que recordaba, lo que sabía. Una historia con un final incompleto no es una historia que nadie quiera escuchar, pero así eran las cosas antes y así son las cosas ahora ¿Quién iba a acabar aquellas historias ahora?

Teresa y yo, salimos a la fría noche, el viento gélido te congelaba los pómulos. La noche dominada por aquel aire que yo no conocía, que había aparecido con la oscuridad y que corría sin descanso por la extensa llanura bajo el cielo estrellado más maravilloso que yo nunca había visto. No había un hueco sin pequeños brillos en la

amplitud de ese oscuro cielo con un millar de estrellas que brillaban incansablemente iluminando todo a nuestro alrededor.

Yo como chico de ciudad siempre había imaginado el campo lleno de animales, de bichos, de insectos, pero aquel pueblo estaba abandonado y olvidado de verdad, ni siquiera había animales, creo que aquel frío le quitaba las ganas de salir a cualquier tipo de animal con dos o más patas.

En la oscuridad de la noche tenían un extraño brillo las casas derruidas llenas de grietas y agujeros en los que la luna se reflejaba haciéndolos brillar, entonces pensé en los recuerdos y la historia. Recordaba la historia que nos contó mi abuelo un día sobre como los recuerdos son tan traicioneros como las propias historias, y allí en medio de la nada no sabía bien que pensar de todo lo que tan rápidamente estaba ocurriendo.

Estas casas antiguas ahora medio derruidas se construían piedra sobre piedra como nuestra historia, y la guerra civil fue un paréntesis en el camino, sería un hueco en la misma construcción como lo son las ventanas donde además se puede ver solo un paisaje, pero según quien mire las percepciones de este son totalmente diferentes, que es más o menos lo que pasa con la historia.

Paré un poco y respiré, mirando a mi acompañante en la oscuridad de la fría noche, con todas aquellas estrellas iluminando nuestro paseo, me di cuenta de que en aquel lugar donde no pasaba nada, la vida tenía un valor especial, la falta constante de estímulos hacía que mi mente volara y que mis ojos observaran todo con tranquilidad, dando un nuevo sentido a todo lo que podían ver. Me sentía dentro del juego de la vida, pero el viaje al pasado en este momento algo obsesivo y compulsivo me impedía disfrutar del presente, así que dejé de lado las cartas por unas horas y paseé con aquella hermosa mujer para escuchar lo que ella quisiera contarme y para observar lo que ella quisiera mostrarme además de aquellos intensos ojos azules.

Ella me llevó al lugar donde fue sacada la foto. Pisaba la tierra que mi abuelo piso un día, podía haber sonreído en el mismo sitio donde él sonrió, pero una extraña sensación me lo impedía.

Paseamos por el pueblo nuestras sensaciones, nuestros pensamientos. Teresa y yo nos sentíamos atraídos el uno por el otro, de eso no había duda, pero yo nunca había sido capaz de encontrar el momento de las cosas. Cuando de amor se trataba, era un perdedor patológico, toda historia de amor o todo flirteo tiene un momento perfecto, el momento adecuado y el momento decididamente inadecuado, que es el que yo solía elegir siempre, pero no porque quisiera, había una extraña y misteriosa fuerza que me llevaba a hacerlo continuamente. Así que no me di tiempo a destrozarse el instante como habitualmente hacía. En el momento que esos ojos azules me miraron intensamente queriendo expresar algo, no les di ni tiempo, me acerqué a ella y la besé sin pensarlo, la pillé completamente desprevenida, no supo cómo reaccionar así que volví a la carga y esta vez sí que se dejó besar acompañando el movimiento de mis labios. Luego simplemente me quedé mirándola sorprendido con que por primera vez no la había cagado, simplemente me había adelantado al momento, pero tomar la iniciativa no estaba mal. No estaba acostumbrado a que en el campo del amor las cosas me salieran bien, ni tampoco a tomar yo la iniciativa, así que iba a disfrutar de aquel momento en la oscuridad de aquella fría noche.

Por primera vez en mucho tiempo alguien me abrazó y me hizo sentir querido durante un instante, cuando llegamos a la pensión nos separamos, aunque yo ya no me hubiera alejado de su lado nunca, pero, aun así, conseguí dormirme con una inmensa sonrisa en el rostro y una abismal duda en el corazón. Había sido un día muy largo y complejo, no sabía lo que me deparaba el día siguiente, pero necesitaba descansar porque la cosa prometía.

La mañana siguiente amaneció nublada e igual de fría, el viento gélido cortaba como cuchillas y el silencio solo fue roto unos instantes por varios repliques de campanas, que me hicieron

asomarme extrañado. Desde la ventana el pueblo me sorprendía con algo que nunca me hubiese esperado... Su actividad. En estos pueblos olvidados donde apenas se veía un alma por la calle, los domingos con la llegada del cura y el repique de campanas aparecían ancianas vestidas todas de negro que salían de ningún sitio, y cuando la misa acababa volvían a desaparecer entre las callejas empedradas. El resto del tiempo era la abuela de Teresa la única que paseaba con su nieta por aquellas calles, hasta el domingo que era cuando ella desaparecía y el resto de las almas del pueblo cobraban vida.

Entonces me acordé de aquella canción de Serrat que tan triste me parecía de joven y que sin duda formaría parte de la banda sonora de este y de muchos pueblos.

Colgado de un barranco
duerme mi pueblo blanco
bajo un cielo que, a fuerza
de no ver nunca el mar,
se olvidó de llorar.
Por sus callejas de polvo y piedra
por no pasar, ni pasó la guerra.
Sólo el olvido
camina lento bordeando la cañada
donde no crece una flor
ni trashuma un pastor.

El sacristán ha visto
hacerse viejo al cura,
el cura ha visto al cabo
y el cabo al sacristán.
Y mi pueblo después
vio morir a los tres...
Y me pregunto: Por qué nacerá gente
si nacer o morir es indiferente.

La única diferencia es que por aquí sí que pasó la guerra y dejó una huella imborrable sin lugar a duda, por lo demás, nadie lo podría haber descrito mejor que Serrat.

Cuando bajé al salón, junto a la entrada, Sofía acariciaba un gato, mientras miraba por la ventana como si pudiera ver algo que los demás no veíamos. En el otro lado desaparecían las ancianas como almas en pena, ancianas que yo nunca hubiera visto si hubiera venido otro día de la semana.

Sofía soltó al gato de repente y este calló de pie tranquilamente como si nada le sorprendiera, -con esa facilidad que tienen los felinos para siempre caer de pie-, se sentó en la mecedora de nuevo y empezó a pasear su mano por encima de la mesa buscando la foto que habíamos dejado allí la noche anterior, cuando la encontró, la cogió y la puso en su sitio.

Al fondo de la calle las ancianas de negro iban desapareciendo lentamente, en el centro vi una figura conocida, una figura que se acercó a la cuneta y depositó allí unas flores y después se arrodillo junto a ellas, una figura que me encontraba de nuevo exactamente en el mismo lugar en el que nos habíamos cruzado cuando llegué al pueblo.

Aquel jarrón con flores era un canto a la desesperanza, como todos esos jarrones con flores que ocupan un montón de curvas y rincones de todas las carreteras que cruzan nuestra geografía, como la clara muestra de que es muy difícil aceptar la marcha de quien aún debía permanecer a nuestro lado. A mi cada vez que veo uno de esos jarrones con flores se me encoge el alma.

La mujer que no hablaba se giró mirando hacia la ventana donde yo estaba y se quedó allí quieta unos segundos con la cabeza girada, poco a poco le cambió la cara y se fue poniendo pálida, yo sentí una mirada demasiado intensa y me dieron ganas de esconderme y de desaparecer de aquella ventana. La mujer se levantó me volvió a mirar claramente sorprendida, dio dos traspiés y

cayó al suelo como un saco, golpeándose la cabeza con los adoquines de la acera y quedando inconsciente. Yo me quedé quieto sin saber bien que hacer, lo que había visto había sido como en un sueño. Finalmente reaccioné y avisé a Teresa.

Los dos salimos corriendo asustados hacia la mujer que yacía en el frío suelo. Teresa cortó en seco su carrera, volvió adentro y salió de nuevo con unos hielos y un paño que puso en la nuca de la mujer, apretó el paño contra su frente intentando parar la hemorragia, ya que en el golpe contra el suelo se había hecho una herida que no paraba de sangrar.

La mujer tardó un momento en reaccionar, aunque mareada había abierto los ojos y no dejaba de mirarme, no apartaba la mirada de mí ni un instante, era como si el resto del mundo no existiese y mientras, me tocaba la cara pidiéndome perdón. Yo no entendía nada, tenía claro que no era el golpe, porque ya antes de caer y golpearse con el suelo, me había mirado como nunca antes me habían mirado.

Cuando poco a poco parecía que aquella mujer reaccionaba, decidimos levantarla del suelo y entre los dos, uno a cada lado cargamos con ella y la acercamos al porche. Entre Teresa y yo la sentamos en una de las sillas que había a la derecha de la puerta de la pensión.

Teresa pensó con buen criterio que no sería buena idea meterla en la pensión no fuera a ser que saliese Sofía. Pude sentir claramente la sorpresa de Teresa ante esa situación, la mujer no dejaba de mirarme y yo había quedado atrapado en esa mirada. Una mirada que mostraba mucho cansancio, unos ojos rojos de sufrimiento, unos ojos que no paraban de derramar lágrimas con una densidad que yo nunca había visto antes. Eran literalmente dos ríos. Ella no hablaba, solo me había pedido perdón un par de veces y se quedó callada. De repente me llamó por mi nombre, pero tuve la intuición de que, aunque me llamaba por mi nombre estaba llamando a otra persona, probablemente a mi abuelo, por quien mi madre me puso el nombre de Ángel. Estaba convencido de eso, yo

no había cruzado con aquella mujer ni un saludo, ni una palabra antes, tan solo una mirada lejana, era imposible que supiera mi nombre y en cambio lo repetía una y otra vez con total seguridad.

Me levanté para coger aire, yo también me estaba mareando, ella intentó incorporarse de la silla también manteniendo nuestra distancia de manera que yo no me alejase demasiado de ella.

Sofía salió al escuchar jaleo en el porche, jaleo era cualquier pequeño ruido o sonido, en el absoluto silencio que reinaba allí. Cuando Sofía salió, la mujer se quedó un instante paralizada callada, tras un rato la llamó por su nombre y dijo...

-Sofía, Ángel ha venido a perdonarme y a devolverme a mi niña.

Sofía al escuchar aquella voz se puso pálida y muy nerviosa, se hizo un extraño silencio y de repente levantó la voz diciendo que no quería a aquella mujer allí en su casa.

Pedía a gritos a Teresa, totalmente fuera de sí, que se la llevase fuera de allí. Porque, aunque sus vidas se habían estado cruzando continuamente pues aquella mujer prácticamente todos los días pasaba horas allí en la cuneta frente a la pensión, Sofía que había perdido la vista no sabía nada de lo que pasaba más allá de la puerta de su casa, pero ahora la tenía allí en su porche. Y no lo podía soportar.

Teresa la levantó para llevársela a un sitio donde pudiese reposar más tranquila, un poco extrañada por el comportamiento de su abuela. Yo tuve que acompañarlas, no me quedó otra opción. La mujer me agarraba de la mano con una fuerza increíble inexplicable a su edad. Daba la sensación de que no quería apartarse de mi persona por nada del mundo, mientras la sangre poco a poco dejaba de manar de la herida.

La mujer empezó a delirar y a hacerme preguntas extrañas, seguía pidiéndome perdón e insistía en preguntarme si había llevado allí a su hija Natalia. Aquello no podía ser una coincidencia,

Sofía nos había contado la noche anterior que mi abuelo desapareció del pueblo y que ella pensaba que se había marchado con su hermana María, pero era aquella mujer realmente mi abuela y era su hija Natalia mi madre. Desde luego el nombre de mi madre era Natalia. ¡Natalia! Podría ser aquello posible, desde luego todo empezaba a encajar.

Las preguntas ahora se amontonaban y yo empezaba a no entender nada de lo que pasaba, me empezaba a dar miedo todo aquello. No sabía que era mejor, una historia sin un final claro, o un reguero de preguntas que se acumulaban en mi cabeza.

La mujer parecía enormemente cansada tanto por el golpe como por el estrés que estaba sufriendo, pero no parecía dispuesta al descanso. La mano empezó a temblarle y llorando de nuevo me pedía perdón y me preguntaba insistentemente.

- ¿Dónde está Natalia?

Yo no sabía que responderle, no sabía cómo comenzar aquella conversación, pero ambos necesitábamos una pausa, un silencio y un sitio desde el que comenzar con las preguntas, con las historias, con las verdades o con los recuerdos, pero sin lugar a duda ella tenía mucho más que contar que yo.

Le expliqué despacio que Ángel y María eran mis abuelos y que Natalia era mi madre, para no descolocarla porque parecía a punto de perder la razón. Las lágrimas volvieron a sus ojos y de nuevo empezó a llorar a mares, parecía que aquella mujer no sabía llorar de una manera normal.

Al rato las cosas se tranquilizaron un instante y acariciándome la cara volvió a preguntar de nuevo.

- ¿Dónde está Natalia?

Yo le explique que mi madre estaba en Alicante, pero que estaba bien. No obstante, yo no podía parar de pensar, ella no podía ser la

madre de mi madre, o sea mi abuela. Yo ya tenía abuela. Comprendí en aquel preciso instante, que no sabía nada de mi familia.

Yo estaba cada vez más nervioso e intentaba encontrar una respuesta lógica a todo aquello.

La mujer me dijo con la mirada perdida

-Natalia es mi hija y tú eres mi nieto.

Tras una pausa y quitándose las lágrimas de los ojos dijo...

- Ángel su padre, se la llevo para hacerme sufrir, llevo toda una vida buscándola.

No podía ser, yo conocía a mi abuelo y era una buena persona, además... Si ella era mi abuela ¿quién era la que yo había creído mi abuela hasta entonces? Nada de todo aquello tenía ningún sentido.

Saqué el móvil y busqué entre las fotografías hasta que encontré una de mi madre, le enseñé una foto y la mujer empezó a tocar la pantalla como si pudiera sentir lo que allí había, sus ojos volvieron a empaparse de lágrimas. Aquella mujer se iba a quedar deshidratada, nunca había visto a nadie llorar tanto.

Entonces me llamó algo enormemente la atención, aquella mujer tenía un colgante al cuello tan extraño como el que yo tenía con otro trozo de hierro retorcido que tampoco parecía que tenía ningún sentido.

Empecé a retener la información y a organizarla en mi cabeza, era necesario, sino el caos se apoderaría de la historia, de mi historia.

¿Qué era lo que aquella mujer podía haberle hecho a mi abuelo para que se llevara a la hija de ambos y la apartase de su madre?

Había venido buscando respuestas, pero las preguntas estaban cambiando a marchas forzadas y las respuestas que estaba encontrando a preguntas que nunca me hubiese planteado no me estaban gustando nada. Todo estaba girando como una noria sin control y cuando esta parase nada iba a ser igual, todo iba a ser distinto y todos nos íbamos a ver afectados, incluso mi madre.

Según decía aquella mujer, ella era la madre de mi madre.

¡Mi abuela!

Ahora las preguntas las hacía yo.

Me incliné sobre ella y mirándola a los ojos le dije

-Necesito saber lo que pasó. No entiendo nada y sé que mi abuelo era una buena persona.

¿Qué le hiciste para que se llevase a su hija y la alejara de aquí?

Ella se secó de nuevo las lágrimas y tras una larga pausa, me dijo.

-Yo cometí un error, un grave error.

Me equivoqué y aquel error me destrozó la vida, y sé que tu abuelo probablemente sufrió el dolor más grande e intenso que nadie jamás haya sentido. Un dolor que le destrozó como persona y le anuló el juicio y la razón.

Y todo eso fue culpa mía.

Cartas quemadas 3

Yolanda

Recuerdo aquellos años, claro que los recuerdo, nunca podría olvidarlos, hay muchos hechos recurrentes en mis sueños, demasiados. De hecho, desde la noche de los desaparecidos yo no he vivido realmente. He deambulado en esta vida para pagar por mis pecados. La noche de los desaparecidos, todo lo que tenía sentido dejó de tenerlo y lo que no lo tenía cobro vida, entre tanto la mía se vino abajo.

En un pequeño pueblo como este las relaciones son quizá demasiado intensas. Es un círculo cerrado en el que todo el mundo se conoce, con caras vistas mil y una veces y muchos apellidos comunes. Yo me enamoré de Ángel desde el primer instante que le vi. Por la vida de cada uno pasan una serie de personas que te acompañan, que te marcan o que simplemente están allí contigo durante un intervalo de tiempo sin más, por la mía no han pasado demasiadas, pero solo en aquellos años puedo decir que hubo gente que formó parte de mi vida de verdad realmente. Luego todo eso se acabó, después solo quedó odio, arrepentimiento y la pequeña esperanza de un reencuentro imposible.

Cuando recuerdo la infancia, la recuerdo con mucha nostalgia, a esa edad todo era posible. Yo miraba embelesada como corrían por el patio siempre juntos Ángel, Matías y Sofía, rápidos, felices como solo a esa edad se puede ser. Yo a aquella temprana edad ya sabía

que la vida de Ángel y la mía estaban destinadas a fundirse, estábamos hechos el uno para el otro, solo que él aún no lo sabía.

Cualquier pequeño gesto suyo, podía convertir un día gris en un día luminoso, una ligera sonrisa, una pequeña caricia, una palabra, una mirada de soslayo, cualquier cosa hacía que mi día mejorase y se convirtiese en un día especial. Es complicado de explicar, puede sonar extraño, pero hay personas que tienen algo que las hace especiales y es algo que no se puede ver, pero que está ahí presente, puedo asegurar que Ángel cada vez que entraba a una habitación por mucha gente que allí hubiese conseguía iluminarla, todo el mundo le prestaba atención, era especial, muy especial y todos lo sabíamos.

Tenía cientos de cartas de amor escritas para él, nunca nadie escribió tanto a una persona, le contaba lo que sentía, le decía que seríamos muy felices, que no debíamos dejar pasar más tiempo, que debía dejar ya de jugar y centrarse en el futuro, en nuestro futuro, que teníamos que formar una familia, que debía dar rienda suelta a sus sentimientos por mí, esos sentimientos que tenía ocultos y a los que no dejaba salir. Fueron muchas las cartas nunca mandadas, muchísimas, llené cajones enteros con ellas. Aquella pequeña mesilla con la madera gastada, contenía tanto amor y tanta pasión dentro de ella como ninguna otra haya guardado antes.

Ángel y Matías eran los mejores amigos. Pero Matías tuvo muchos problemas con mucha gente, era una persona que estaba fuera de lugar allí, uno de los que más problemas tenía con Matías era mi hermano y aquellas discusiones y peleas provocaron un choque de trenes, ya que los conflictos con Matías eran conflictos con Ángel, y Ángel y mi hermano que se habían respetado y habían evitado la posibilidad de tener un enfrentamiento se vieron inevitablemente obligados a encontrarse y allí los acontecimientos futuros empezaron a tomar forma.

Yo en aquellos años no tenía ni voz ni voto, era lo que los tiempos marcaban, soñaba despierta como hacíamos las chicas a aquellas edades. Jugábamos a la comba, la rayuela, al escondite y

fantaseábamos con el futuro por aquellas estrechas callejas, nuestro mundo no iba más allá de aquel pueblo, el resto no existía, pasábamos todo el día en la calle jugando y esperando a hacernos mayores, si hubiéramos sabido lo que se nos venía encima no habríamos salido de nuestros escondites.

Con el tiempo tuve claro que las cosas no iban a ser tan fáciles como me lo parecieron de pequeña, conforme pasaban los años la realidad se veía de diferente manera. Supongo que es lo que tiene hacerse adulto, que empiezas a ver la complejidad de las cosas y los sueños, sueños son, como dijo Calderón de la Barca. Ángel y Matías estaban muy unidos y ninguno de los dos prestaba atención a ninguna de las chicas que estaban locas por ellos y estas eran muchas. Creo que hasta Sofía cayó en las redes de Matías, eran como una luz que sabes que te va a abrasar, pero a la que te diriges irremisiblemente y no puedes apartarte de ella.

Este es el Ángel que yo recuerdo o que yo quiero recordar, pero hay más Ángeles, el Ángel herido con el corazón roto y el Ángel del que se apodero el odio y que me destrozó la vida, más que si me hubiese matado allí mismo, pero este Ángel que brillaba con luz propia es el Ángel que al menos yo quiero recordar.

Él me enseñó a amar y él me enseñó a odiar, él me lo enseñó todo. El resto me lo enseñó la vida, pero dos cosas mueven todos nuestros actos, el amor y el odio, el resto carece de importancia.

Corría el año 36 cuando los vecinos de izquierdas y derechas pasaron de no mirarse a mirarse mal, ese fue un primer paso, seguido de rápidos pasos de gigante, después vinieron las acusaciones, los encarcelamientos, las represiones, los asesinatos, una gran tragedia que aplastaría a todos con su peso.

Es increíble visto con la distancia que nadie fuese consciente de a dónde nos conducía aquello, pero los hechos pasaban irremisiblemente y conforme la aguja del reloj iba marcando su paso, las cosas se complicaban más y más y el odio se fue apoderando de todos.

El frente quedó demasiado cerca del pueblo y eso marcó todo, todo se viviría y se sufriría de manera diferente en aquella línea imaginaria, que marcaría la destrucción y la caída en desgracia de un pueblo, de una provincia y finalmente de un país.

Al principio todo era nuevo, los muertos te impresionaban, la gente pensaba las cosas, los actos tenían consecuencias, luego ya nada llegó a impresionarnos como al principio, una extraña aceptación de los hechos nos hizo menos personas y nos introdujo en un agujero negro profundo, muy profundo.

La Guerra Civil fue un golpe de Estado donde la Dictadura se comió a la Democracia, una Democracia enferma por otro lado, como está destinado a ser cualquier régimen político con partidos tan diferentes como los republicanos radicales, la CEDA o el Frente Popular. En un periodo de tres años todo lo que conocíamos desapareció y todo lo que jamás podríamos imaginar apareció.

Todo comenzó en el año 1936. Las cosas se precipitaron, pero no nos cogieron por sorpresa, mi hermano comenzó rápidamente a subir pequeños peldaños, en los primeros momentos cuando surgieron los primeros problemas y el conflicto tomaba forma. Él mostró más determinación que ningún otro y se colocó en la línea de salida con los codos bien abiertos, de manera que nadie se atrevió a toserle, como pasaba ya en el patio de colegio. Mi hermano siempre inspiró respeto y miedo a partes iguales. Mi familia era de militares y muy religiosa, así que pronto tomaron partido, cuando se pudo, porque en aquella guerra, todo el mundo esperaba su momento agazapado ya que las zonas quedaron marcadas en un principio, pero las marcas fueron desapareciendo como el que escribe algo en la arena a la orilla del mar, luego poco a poco el fascismo fue ganando terreno y con ellos mi familia.

Cuando las cosas se salieron de madre, los conflictos personales, las rencillas pasadas y las envidias cobraron vida de repente y todo el mundo tenía algo que decir de todo el mundo,

había gente que temía y gente a la que todo el mundo temía como a mi hermano.

De repente la gente importante ya no era nadie y los “don nadie” empezaron a ser importantes y todos sabemos que es necesario tiempo para gestionar todo esto y tiempo es lo que apenas hubo, y las intrigas palaciegas tan vistas a lo largo de la historia de España pasaron a ser intrigas de taberna, pero intrigas igualmente.

Mi familia siempre había sido respetada, aunque no considerada. Mi hermano nunca había destacado en los estudios como yo, pero sí había destacado en el patio, era el rey del patio, solo había una persona a la que el respetaba y esa era Ángel, con quien se había encarado más de una vez al enfrentarse a Matías, por quien si sentía una gran animadversión.

Los años pasaron y ellos crecieron y se hicieron mayores, fuertes, importantes, pero más allá de eso poco más, todo siguió igual, los respetos, los odios, como si siguiesen en el patio del colegio, eran los mismos niños en cuerpos de adultos, solo que ahora nadie les decía lo que tenían que hacer, ellos decidían y las decisiones tomadas casi nunca fueron buenas.

Cuando las cosas se torcieron, Ángel supo a quién se debía acercar para salvar a su padre y gracias a mí se convirtió en uno de sus protegidos. No parecía muy interesado en la contienda, tenía extrañas ideas, que no coincidían con las de mi hermano, pero no era tonto y sabía que a veces callar y obedecer órdenes era simplemente lo que se tenía que hacer. Ángel estaba muy triste, desde que Matías se fue del pueblo, la soledad, la tristeza y la culpabilidad le atenazaban. Aquel hecho fue el que cambió las cosas, él lo hizo para salvar a su amigo y a su padre, pero aquello le destrozó por dentro. Entonces los dos empezamos a vernos, poco a poco fui acercándome a él y no fue difícil introducirme por aquella puerta que él dejó abierta, pero fue necesario que Matías desapareciese para que nuestras vidas se unieran por fin.

Al principio era casi accidental, aunque no hay nada accidental, yo provocaba continuos tropiezos y al final en uno de ellos, el bajó la guardia y nos encontramos de verdad y comenzó nuestra historia. Yo con esto, había conseguido todo lo que podía proponerme en la vida, la felicidad más absoluta. Nunca había pedido demasiado al destino y si este me conseguía lo que yo más valoraba y llenaba mi vida de felicidad quien era yo para oponerme, no podía sino dar gracias a Dios.

El tiempo pasaba despacio, una cosa venía detrás de la otra y todas ellas buenas. Ángel estaba triste y apagado, eso era un hecho, pero poco a poco volvería a ser el mismo, yo estaba segura de eso y mientras, la guerra, ya había tomado forma y empezaba a mostrar sus garras.

Hasta el año 37 la vida en Masegoso trascurrió aparentemente tranquila, pero solo era una ilusión, en enero de ese mismo año se produjeron las movilizaciones. Eran tan jóvenes los reclutas, que los llamaron, la quinta del biberón, pero en lugar de biberones les dieron armas en el mejor de los casos. Lo curioso del destino, es que no dejaba de jugar con nosotros, nunca sabías lo que te tenía preparado, mucha gente del pueblo acabó en un bando y el resto en el otro, y una gran mayoría pasaba de un bando a otro siguiendo impotente sus caprichos. No hay nada más absurdo que matarse unos a otros y en este caso en la mayoría de las situaciones sin una razón clara. La muerte por ideales no es menos absurda, pero en este caso el destino jugaba contigo y te marcaba el sitio y el tiempo y dependiendo de donde estabas cuando el conflicto te caía encima, se establecía el bando al que pertenecías.

Al principio en el pueblo solo había un bando, este quedó en el lado Republicano, pero eso no tenía nada que ver, porque, aunque la balanza se inclinaba hacia un lado claramente, los movimientos de tropas cambiaban todo con suma rapidez. Fuera del pueblo era otra cosa, los bosques estaban plagados de fantasmas escondidos, en aquella época había fantasmas por todos los lados, aunque supongo que esto ya te lo habrán contado.

Ángel y yo empezamos a vernos todas las tardes, él se encontraba solo, muy solo, aunque todas las chicas le observaban y fantaseaban con él, ninguna se atrevía a acercarse. Antes las barreras eran muchas, unas invisibles y otras bien visibles y yo dejé bien claro que Ángel no tendría otra compañía que la mía. Eran tiempos de mucho miedo y de mucho cuidado, fueron muchas las mujeres que se quedaron solteras porque no había hombre con valor para acercarse a ellas. Un pequeño error y podías lamentarlo para siempre, lo mejor era no jugar algunas partidas y de esa manera las familias de militares de alto rango eran intocables y aunque mi padre se convirtió en alguien importante, tanto mi hermano como yo queríamos ser tocables, necesitábamos ser tocables.

Ángel había perdido el interés en casi todo, desde el día en que le dio la paliza a Matías, aquella paliza de la que todo el mundo hablaba y que era vista de muy diferentes maneras. Tras un tiempo bastante gris, en el que sus silencios eran eternos y era complicado sacarle alguna palabra, de repente poco a poco empezó a recuperar el interés a pequeños destellos, yo pensaba que era por mi compañía, que poco a poco había derruido aquellas barreras invisibles, más tarde supe que era tras recibir aquellas cartas. Él necesitaba urgentemente que alguien le devolviera el interés y la pasión por la vida y allí estaba yo para eso, pero he de reconocer que aquellas cartas que recibía eran de gran ayuda.

Nosotros paseábamos por la tarde, siempre con mi madre o con algún familiar cerca, mi hermano había aceptado aquella relación, pero la controlaba sin alejarse demasiado por si se daba el momento en que tuviera que poner los puntos sobre las íes. Ángel se dejaba llevar, pero no mostraba el interés que yo anhelaba en nuestra relación. Le gustaba hacerme sufrir, pero nada iba a alterar mis sentimientos por él. Me consideraba la persona más afortunada de la tierra y en un mundo como el que vivíamos en aquella época tan convulsa, la felicidad era un bien demasiado codiciado y escaso para echarlo a perder.

Yo no solo me dejaba querer, me dejaba la piel por él. Aposté todo a una carta, mi carta, la única carta posible. No había nada más importante en este mundo, soñaba despierta pensando que él y yo pasaríamos la vida juntos y que el tiempo lo pondría todo de mi parte, no podía ser de otra forma, hasta que de repente un buen día las cosas se torcieron, cuando las luces y sombras se convirtieron solo en luces. Un hecho que debía haberme hecho feliz, que Ángel recuperara en parte su brillo y que primara la luz sobre las sombras, en lugar de eso, me creó una gran preocupación al desconocer el origen de su cambio de ánimo, que por otro lado tan feliz me hacía.

Todo pasaba de repente y sin ninguna razón de ser, un día mostraba una alegría extraña en él, otro día volvía a ser el de siempre. Se había convertido en una persona más sombría, ya no iluminaba las estancias cuando entraba, pero había luces y sombras en todo esto, de repente sin saber por qué todo cambiaba y volvía a ser el de antes. Estos cambios repentinos no duraban mucho y eran totalmente inesperados al menos para mí. Los primeros cambios fueron provocados por la llegada de aquellas cartas y quise que esas cartas llegaran más a menudo, no me planteé nada más, cuando una de aquellas cartas llegaba, él volvía a ser el de antes y yo volvía a soñar despierta en que aquello se mantendría en el tiempo, pero luego no supe la razón por la que las cartas dejaron de llegar, pero así fue, un buen día dejaron de llegar y todo se llenó de sombras de nuevo.

El día que Matías y su padre desaparecieron, muchas miradas se posaron en él, hubo muchos que pensaron que la paliza que le dio a Matías forzó las cosas y permitió que el padre de Matías las viese venir y saliese despavorido del pueblo, con lo que aquellos que ansiaban venganza, tuvieron que contener sus ganas y esperar lo que el futuro les tuviese preparado, pero muchos desconfiaban de lo que había pasado. El caso es que Ángel y mi hermano ahora eran casi familia, era casi un suicidio dar a entender que algo extraño hubo en aquella paliza, porque fue una paliza, no fue una pelea.

Ángel me contó muchas cosas y me enseñó otras tantas, mezclando su cuerpo y sus caricias con trincheras y nidos de ametralladoras olvidados por el tiempo. El romanticismo en aquella época había desaparecido, estábamos en guerra, no era tiempo para amantes.

Las balas de punta cromada eran mejicanas, llegaron a millones. Esta frase la repetía un primo mío que perdió la cabeza durante meses, hasta que la muerte apagó su voz, y nos tranquilizó el oído a todos. Durante la batalla de Guadalajara algunos de sus pueblos quedaron en medio de dos fuegos y aquello sí que se convirtió en una fiesta continua. Nuestra provincia que había buscado siempre algo de protagonismo, pero no lo había encontrado nunca, encontró este en el momento más inadecuado y aquí vivimos una de las batallas más importantes de la guerra civil.

Guadalajara destruyó el mito de la invencibilidad del fascismo.

La mayoría de los pueblos quedaron arrasados, totalmente destruidos en esta guerra absurda, en algunos como el nuestro, Masegoso, apenas quedó una casa en pie, muchos dicen que, a esta, la casa de Sofía y María un fantasma la protegió durante la contienda y que las bombas giraban cuando se acercaban a ella, que era imposible acabar con ella. Aquella casa siempre tuvo sus grandes portones cerrados En el resto las puertas estaban siempre abiertas de par en par, pero nadie llamó a ellas y mucho menos la suerte por lo que las casas poco a poco fueron desapareciendo.

En la casa de Sofía Y María, fue donde todo empezó y donde adivino que también todo acabó, quizá por eso no se atrevieron a caer las bombas en aquel lugar, para dejar la casa disponible para hechos más importantes.

La tierra quemada fue una táctica muy utilizada en la guerra en la que se destruyeron los pueblos por completo para que el enemigo no se refugiase en las casas, algo necesario con el frío y el temporal que hizo en aquellos primeros días de la guerra, así que unos por

otros, todas las casas desaparecieron, arrasadas por las bombas o consumidas por el fuego.

Los pueblos se ocupaban y abandonaban con tal rapidez que te la jugabas al entrar en uno porque era difícil saber a quién pertenecía entonces y de quién sería mañana. Era un juego macabro en el que, el que perdía, perdía de verdad.

La Batalla de Guadalajara que alcanzó renombre mundial gracias a las crónicas y fotografías de gente como Ernest Hemingway o Robert Cappa, fue igual de gris que otras muchas batallas, con barro sangre y lágrimas, pero en este caso hubo un solo hecho que la diferenció del resto de las batallas y fue el vencedor.

La Batalla tuvo como principal protagonista a la aviación republicana que jugó un papel vital y que decidiría la suerte -efímera por otra parte- a favor de la República. En los cielos de Trijueque, todo se volvió oscuro y ruidoso y si mirabas arriba podías ver como la guerra alcanza siempre más allá de donde nuestra vista podía llegar. El que ha vivido una guerra sabe que hay sonidos que no se pueden olvidar, yo durante muchos años después me despertaba sudando con el sonido de los aviones y de las bombas.

Los italianos murieron a miles, y es realmente extraño que en estas tierras olvidadas ya por el tiempo y abandonadas por todos yacían tantos extranjeros, soldados que murieron fuera de su hogar, fuera de sitio, fuera de toda lógica, encontraron sus tumbas sin encontrarle sentido a que hacían tan lejos de casa. No hay ningún cementerio de esta zona que no albergue unos cuantos cuerpos de italianos, el campo quedó sembrado de ellos. La derrota del C.T.V. (Corpo Truppe Volontarie) en Guadalajara fue terrible, el fracaso y el número de muertos fue tal que se perdió la confianza en ellos y desde entonces actuarían bajo las órdenes de mandos franquistas, pero sin ellos y todo lo que trajeron y dejaron aquí abandonado, la balanza hubiera cedido probablemente hacia otro lado. Guadalajara castigada en la guerra fue castigada también después, y hoy ya no

recibe castigos porque mira desde la lejanía, olvidada, distante, como si las cosas nunca fueran con ella.

Como digo durante la guerra, el frente se movía constantemente para adelante y para atrás de un lado a otro, y así era fácil ver camiones llenos de alegres soldados cantando y gritando de alegría como quien se va de fiesta, y verlos volver en un número muy inferior heridos y cabizbajos.

El 8 de Marzo de 1937 las tropas nacionales apoyadas por los italianos entraron en la provincia y todo fue muy rápido, había mucho miedo y la gente sacando lo peor de sí, empezó un juego de acusaciones cruzadas que tocaba a todo el mundo, fueron apenas 10 días pero lo que aquellos días se dijo nunca se olvidaría y entonces las cosas cambiaron de nuevo y los republicanos contraatacaron apoyados por lo que caía del cielo y entonces sí hubo carreras, todo el que estuvo presente sabe lo mucho que allí se corrió, pero no sirvió de nada, las cosas cambiarían de nuevo, en la guerra, quedaban aún dos años por delante.

La gente se escondía en el monte porque nunca sabías cuál de los dos bandos te iba a dañar hoy, mañana, o pasado mañana, pero sabías que si le dabas la oportunidad uno de los dos lo haría. Fue una guerra estúpida en que la gente no mataba por ideas, mataba por sobrevivir y mataba al de enfrente que no sabía quién era, disparaba primero y preguntaba después, familiares y amigos todos lo pagaron.

La boca del lobo es muy grande y cuando te introduces en ella todo está oscuro y cuantos más hombres estaban allí más oscuro estaba todo y menos luz se veía fuera.

En aquella época muchos apuntaban y disparaban con los ojos cerrados, sin fijar mucho la vista al otro lado del Máuser, no fuera a ser que reconociesen al que esperaba la bala. Mientras otros te decían a qué bando pertenecías y no había discusión ninguna, era el bando que te había tocado, el destino jugaba de nuevo con todos y mejor no saber a quién disparabas podías perfectamente estar

acabando con un familiar o con un amigo, por eso disparar sin centrar mucho la vista, era en la mayoría de los casos la mejor opción.

Más de 6.000 italianos murieron en Brihuega, eran del cuerpo voluntario, que voluntad más extraña venir a morir a otras tierras. La gente combatía a pecho descubierto y así encontraban la muerte, a pecho descubierto. No hay mucho más misterio, solo un fundido a negro.

Al principio de la guerra las ejecuciones eran muy numerosas. Se hacían para limpiar, pero qué manera de limpiar es teñir todo de sangre. Luego la sangre tiñó todo de rojo hasta el 30 de marzo de 1939 en que finalmente todo llegó a su fin, y finalmente ya no había dos Españas, solo había una y eso era lo que había.

Como te decía antes, el rostro de Ángel empezó a brillar un buen día y ese brillo, entre tanto gris, destacaba más que nunca, sobre todo ahora que yo sabía que no era por carta ninguna. Ese fue el primer síntoma, luego sus pequeñas ausencias. Estaba claro que algo estaba cambiando nuestro entorno y yo no podía perder lo conseguido, sentía miedo, aunque debería de haber estado agradecida y no haberle buscado explicación a aquel hecho, pero nos gusta dar respuesta a todo aquello que escapa a nuestro conocimiento y al final así fue. Ahora Ángel y yo éramos uno, las cosas habían ido todo lo rápido que las obligaciones demandaban, primero un embarazo luego un casamiento, antes las cosas eran así de simples, no había múltiples posibilidades como hoy en día, cuando las cosas empezaron a ponerse extrañas yo acababa de dar a luz, ahora éramos tres y si las cosas seguían así iríamos sumando.

Yo intentaba mantener a mi hermano y a Ángel separados, era un hecho que al final por mucho que yo intentara evitarlo estaban destinados a encontrarse y ese brillo extraño que Ángel tenía me hizo temer por el futuro de mi familia, así que una de las noches lo seguí, intentando descubrir que se lo provocaba y aunque lo intuía porque sus escapadas nocturnas siempre acababan en la casa de

María, detrás de aquella puerta nunca supe lo que pasaba. Luego tiempo después, creyendo ingenuamente que podía solucionar las cosas, cometí el error de hablar con mi hermano, el error más grande que lamentaría toda mi vida.

La vida es un cumulo de decisiones continuas, estas decisiones nos van llevando por diferentes caminos creando realidades únicas de las que podemos o no estar satisfechos, pero siempre hay algo, un momento, un instante en la vida que nos marca sin duda, y que es como un gran terremoto que afectara a todo nuestro futuro, en mi caso no dudaría ni un segundo en saber cuál fue esa decisión, esa maldita decisión que destrozó mi vida, la de mi hermano, la de Ángel, la de Natalia, la de Matías y la de tantos otros, fue como cuando empujas una pieza de dominó que al caer va tirando todas las fichas que encuentra a su paso.

El respeto y el miedo nos hacían movernos con tranquilidad por el pueblo, mi niña Natalia daba sus primeros pasos y Ángel había encontrado al fin algo que le diese sentido a su vida, aunque ese algo no fuera yo, él había pasado unos años aciagos, pero ahora veía todo de una manera diferente a través de los ojos de su hija. Vivíamos en la vieja casa de Matías, una casa con historia, la única con historia que había en el pueblo, plagada de estanterías llenas de libros que alguna vez habían sido leídos y que ahora tan solo acumulaban polvo.

Aquella casa se llenó de fantasmas, ellos fueron los que mantuvieron las bombas alejadas de allí también casi hasta el final de la guerra. El pueblo quedó en una sola semana completamente derruido, esta casa quedó ligeramente dañada, pero en pie, fue la única casa que quedó en pie, junto a la de Sofía y María, que ni siquiera fue rozada por las bombas, el resto eran solo escombros.

Ángel a veces paseaba por las estancias de arriba distraído como recordando tiempos pasados, supongo que aquellas estancias guardaban muchos recuerdos, creo que la propia casa fue una de las causas de que a Ángel le costara tanto volver a ser algo parecido al menos a lo que una vez fue, solo cuando estaba con la

niña volvía por un instante a ser el mismo y recuperaba ese brillo en la mirada.

Mi hermano seguía adquiriendo cada vez más poder, las ejecuciones se producían sin pausa, los escondidos eran cada vez menos. Los escondidos eran los que se fugaron in extremis y vivían por los alrededores del pueblo, a la intemperie por miedo a ser capturados si se acercaban al pueblo o se establecían en algún sitio, pero su número iba menguando rápidamente.

Mi hermano desapareció ese mismo día que desapareció Ángel y tantos otros. Las malas lenguas hablan, hablan y dicen muchas cosas, pero lo cierto es que nadie sabe con certeza lo que ocurrió aquel día, unos dicen que Ángel lo mató y lo enterró con los muertos donde estaba su amigo Matías y que allí quedaron todos juntos, otros dicen que mi hermano simplemente mató a Matías, pero eso no fue lo que realmente pasó.

Una noche en que parecía que las sombras eran más largas y en que yo me encontraba sola esperando a Ángel como tantas otras noches, le dije a mi hermano que algo había cambiado, que necesitaba su ayuda, que Ángel en aquella casa había encontrado algo que yo no había conseguido darle, yo tenía celos de Sofía, muchos, porque estaba casi convencida que Ángel y Sofía se habían hecho amantes, mi hermano por otro lado pensó en la posibilidad de que Ángel y María se estuviesen viendo allí en aquella casa, aquella chica, ya toda una mujer a la que no había conseguido acercarse aún, con todo el poder que él tenía. Mi hermano me dijo que me ayudaría, pero creo que vio allí la oportunidad de ayudarse a sí mismo y poner las cosas en su sitio de una vez por todas, María iba a ser suya de una vez por todas y su hermana que había agotado su paciencia ya tantas veces iba a pagárselas todas juntas, ya había esperado demasiado.

Nada más decírselo y hablar con él, ya empecé a intuir que no había sido una buena idea, los ojos de mi hermano brillaban de una manera muy extraña, aun así, yo le dije que mirara en casa de Sofía y María, pero que por favor no hiciese nada de lo que luego hubiera

que arrepentirse, porque no quería perder a Ángel, ahora que se había encontrado a sí mismo y que todo se había vuelto a iluminar. Quería que todo siguiese igual, pero sabía que algo era distinto y mi hermano lo cambió mucho más aún de lo que estaba, anulando la posibilidad de cualquier cercanía a lo que para mí había sido la felicidad más total y absoluta, aunque yo aún no lo sabía, luego con el tiempo entiendes que siempre esperamos más de la felicidad y que nadie es consciente de los momentos más felices de su vida porque siempre se espera que las cosas aún mejoren más, pero luego la vida te muestra que eso en la mayoría de los casos no es posible.

Mi hermano vino a por Ángel temprano aquella mañana, me dijo que necesitaba un par de días para arreglar las cosas con él, así que aproveche para acercarme al sanatorio a ver a mi madre, y el y mi hermano prometieron hacerse cargo y cuidar de Natalia ya que no podía acompañarme al sanatorio. Aquella mañana los dos salimos de la casa con rapidez. Ángel se montó en el coche con mi hermano y Natalia en dirección a la montaña después de darme un beso, sin saber que nunca más nos veríamos, aunque él percibía que algo no iba bien, había aprendido a leer la cara de mi hermano solo con mirarle, yo en cambio nunca lo hice, creo que el amor que le tenía me impedía ver esa parte oscura de él, que el resto del pueblo sí que veía, sin embargo Ángel sabía si iba a haber problemas o iba a ser un día tranquilo con solo mirarle, aquel día su cara no presagiaba nada bueno, pero yo no le di importancia. Tras hacer un par de gestiones, volvieron hacia el pueblo y muy cerca de este, casi a la entrada, el coche redujo la velocidad y antes de que parara Ángel vio un brillo extraño en la sonrisa de mi hermano y empezó a preocuparse.

El vehículo se detuvo a la entrada del pueblo en el lugar donde yo he penado por mis errores durante todos estos años, lo que allí pasó en ese momento lo sabían muchos, y no fue difícil que me lo contaran, aunque nadie quería hablar de ello, pero lo que pasó posteriormente nadie en el pueblo lo sabe. Es un secreto que se

llevaron mi hermano, Ángel y probablemente alguien más. Otro secreto más, uno de los muchos que se llevó esta guerra.

Ángel bajo del coche bastante disgustado, con nuestra hija en los brazos, había hablado con mi hermano cientos de veces que no quería estar presente en los fusilamientos, ya había visto demasiados muertos, pero sin embargo allí estaba y esta vez no había marcha atrás, estaba bien claro lo que era aquello. La imagen que presencié Ángel ya la conocía, le habían obligado a asistir otras veces, pero él jamás realizó un disparo, al menos allí. Normalmente en aquellos fusilamientos siempre había caras conocidas, si no del mismo pueblo de alguno colindante, aquello no era agradable, se te revolvía el estómago al mirar a quien tenías enfrente en la mira de tu rifle. En los pueblos como digo se conoce todo el mundo y entre los pueblos vecinos suele pasar lo mismo y en este caso como en casi todos, los que estaban delante del muro conocían a los del pelotón de fusilamiento y los que estaban detrás de las armas les quitarían todo sin ningún remordimiento, era lo que tenían que hacer. Mejor estar allí que delante del muro, era un planteamiento muy simple, no había más preguntas, la gente se había hecho muy fría, si mostrabas debilidad podías cambiar fácilmente de sitio y el lugar adecuado, el mejor puesto, era allí detrás del rifle.

Esta vez, y por primera y última vez Ángel participó en aquel suceso y participó de manera activa. Mi hermano poniéndole el brazo sobre los hombros, le dijo.

-La guerra está llegando a su fin, estoy convencido de eso, nos queda poco ya para vencer, así que las cosas que tenemos que hacer hay que hacerlas cuanto antes, no nos queda demasiado tiempo.

Mi hermano le arrebató a Natalia de sus brazos, se la pasó a un soldado que estaba junto a ellos y le puso un fusil a Ángel en las manos. Este le miró desafiante.

-Creo que esto te lo he dejado ya bien claro.

-Sí, pero esta vez va a ser muy distinto, esta vez necesito que seas tú el que dispaes. Respondió mi hermano.

Ángel volvió a soltar el rifle y mi hermano agarró a Natalia arrebatándosela al soldado que la llevaba entre los brazos.

Mi hermano cogió a la niña entre sus brazos sonriendo mientras sacaba la pistola de su cartuchera. Le hubiera matado allí mismo si hubiera visto aquello, era sangre de mi sangre y la sangre de tu sangre no hace esas cosas. De hecho, cuando me lo contaron no daba crédito, no podía creerlo. Aquel fue uno de los pocos momentos, que mi hermano, alguien solitario y distante compartía con su sobrina y con Ángel, pero mejor que no lo hubiese hecho, después de ese, no hubo muchos más, tan solo uno, el último y definitivo, el que nadie conoce, pero el que, seguro que compartieron, cuando los tres desaparecieron.

Ángel no quería disparar así que mi hermano fuera de sí le apunto a la cabeza, sin miramientos, sin remordimientos, así de frío era mi hermano.

-Por mis cojones vas a disparar y si no tienes los suficientes huevos para hacerlo, tu niña se quedará sin padre.

Los ojos de mi hermano estaban inyectados en sangre, el odio y el rencor se habían apoderado de él, era su momento, el momento que tanto tiempo había esperado, él y solo él tenía el poder. La espera había dado su fruto por fin estaban todos donde les correspondía estar, aunque ellos aún no lo sabían.

Ángel que no había querido tomar partido no podía evitar entrar de lleno en el conflicto, este momento tenía que llegar y llegó sin avisar, como llegan todos los momentos importantes en la vida. ¿A que venía aquello? ¿Por qué así, de repente? ¿Por qué aquel día? Al mirar al frente lo entendió todo, aquel hijo de puta lo tenía todo preparado ¿Pero cómo había pasado aquello? ¿Qué hacía Matías allí, delante del muro? Él debía estar a salvo en casa de Sofía, aquel

escondite era imposible de encontrar. ¿Cómo había podido pasar aquello?

Matías, le miraba a los ojos, quería decirle tantas cosas, pero las palabras no podían brotar de sus labios, tenía la mandíbula desencajada, por los golpes recibidos, su cara estaba cubierta de sangre.

A Ángel le temblaba la mano y el rifle se movía arriba y abajo sin parar, sentía el frío acero de la pistola de mi hermano sobre la sien y no podía pensar. Todo había pasado demasiado rápido.

Matías movía ligeramente la cabeza asintiendo. No hacían falta palabras, no tenían mucho que decirse. El momento había llegado. La existencia para él había llegado a su fin. Los recuerdos de lo vivido no pasaban por su cabeza como había leído en tantas novelas, no tenía miedo, solo quería acabar cuanto antes, Su momento ya había pasado.

Para Ángel las cosas fueron muy distintas, no pudo sino cerrar los ojos y sentir como las lágrimas corrían por su rostro, aquellos segundos se hicieron eternos, aquella imagen no le abandonaría nunca. Se repitió constantemente a lo largo de su vida sin darle ningún respiro hasta el día de su muerte. Después de aquello, un gran silencio, cogió a nuestra hija en brazos y sin mirar atrás se alejó de allí, mientras mi hermano le gritaba como un loco. Luego solo silencio.

Nadie sabe lo que paso después de aquello, aquel día nadie más volvió a ver a Ángel ni a mi hermano y mi hija desapareció con ambos. Mucho se comentó en el pueblo, pero nadie sabe lo que realmente pasó después de aquello. La gente me miraba y callaba. Los silencios me decían mucho más que las palabras.

Se acabaron los momentos para sonreír, para ser feliz, se acabaron los buenos momentos, que para muchos volverían con el tiempo, no para mí, aquel día para mí se acabó todo. Hay muchas vidas que la guerra destrozó para siempre, la mía fue una de ellas.

Yo nunca iba a dejar de sentirme culpable, porque de alguna manera fui yo la que precipitó aquellos acontecimientos y por eso agoté las lágrimas, nunca sabré quien está en este lugar, donde alguien me dijo que muchos descansan, la mayor parte de los que murieron aquel día. Sé que Matías descansa aquí por culpa mía y nunca me perdonaré por ello, pero cómo iba a saber yo que las visitas de Ángel no eran para ver a Sofía sino para encontrarse con su amigo, con su alma gemela. Que Matías descansa allí en aquella cuneta es la única seguridad que tengo, probablemente esté mi hermano también y nunca supe si Ángel y mi hija ocupaban también parte de este agujero negro. Ahora ya sé y tengo la seguridad y la certeza de que no es así, pero la ignorancia de todos estos años me ha consumido, me ha destrozado, y me ha impedido volver a vivir, hasta hoy, hasta el momento que te vi en aquella ventana y todo el pasado vino de repente a mí, como una ráfaga de aire.

Abandoné la casa porque no podía vivir allí, intenté no volver a cruzarme nunca con Sofía que sin duda me culpaba de todo lo que pasó, nunca sabré por qué, pero Sofía, aquella pobre chica que ya era toda una mujer, una mujer valiente, también pasó lo suyo, fue encarcelada ese mismo día y paso varios años en prisión, hasta mucho después de que acabara la guerra, cuando volvió al pueblo. El caso es que ella tampoco sabe lo que pasó aquel día según me han contado, quiero pensar, quizá, que aquel fuese su destino, desconocer los hechos que lo cambiaron todo. La hermana de Sofía por quien mi hermano estaba loco de pasión, también desapareció por aquellas fechas. Mi hermano culpo a Sofía de todo lo que había pasado con María, de no haber podido acercarse a ella y sé que aquel día fue allí a solucionar eso en primer lugar, pero no solucionó nada, por el contrario, dejó otro vacío, como si no hubiese ya suficientes. Esta guerra dejó eso, muchas ausencias, muchos recuerdos, muchos rencores, muchos de todo y ninguno de ellos bueno.

El paso del tiempo olvidó al pueblo y me olvido a mí. Quizá mereciese el olvido, no obstante, la falta de un hijo te puede matar lentamente, pero no saber que ha sido de él y si está vivo o no, te impide vivir y toda tu existencia descansa en una duda y una incertidumbre maldita que apenas te permite conciliar el sueño ya que los sueños, convertidos en pesadillas pasan a ser tus peores enemigos.

Antes de estos hechos yo soñaba con viajes por España, soñaba con que algún día aquella barbarie acabaría y la familia, mi familia sería feliz en cualquier otro sitio sin recuerdos, sin pasado y que mi hija vería un país nuevo, en el que su padre nos amaría a las dos por encima de todas las cosas, pero todo aquello solo eran sueños.

Cuando Ángel y Natalia desaparecieron los silencios se volvieron eternos, nadie nunca antes había sido tan cruel, apartar a una hija de su madre es romper lo que no se puede romper, no entiendo que odio ha de invadir un corazón para hacer algo así y mejor pensar eso a pensar que algo malo les había ocurrido a los dos, así que pensar que se había marchado con nuestra hija era mi primera opción, mi única opción.

En la contienda todos hicieron cosas malas, pero el problema de los malos hechos es que ni se olvidan ni se perdonan y todos sabemos que el ojo por ojo solo deja un país de ciegos.

Cuando volví la casa estaba vacía. En la cunita de la niña tan solo había un trozo de metal con una cadena, nunca entendí muy bien el significado, pero aquí esta, dijo enseñando un extraño colgante con un trozo de hierro retorcido. Nunca lo he apartado de mi cuello.

Yo sé que él, una vez me quiso, sé que conseguí hacerle feliz al menos durante un tiempo, pero destrocé todo aquello en un instante, por una mala decisión, pero creo que ya he pagado por ello, si es que fui culpable de equivocarme una vez. Ya está bien, siempre me comporté como una buena persona, como una buena mujer. Nunca hice nada malo excepto aquella equivocación. Amé a

mi marido con todo mi corazón, amé a mi hija y la he buscado hasta hoy. Me merezco ver una luz, aunque sea pequeña, llevo demasiados años en la oscuridad más absoluta.

El pasado te puede decir quién eres, de dónde vienes, cuáles han sido tus errores, dependemos de nuestro pasado, este nos dice quiénes somos, sí, y nos da las razones para ser, pero a veces el pasado es una obsesión, un martirio, una losa que pesa tanto que hunde nuestro futuro y nos impide disfrutar del presente con lo que no nos deja nada. Aquel día yo perdí mi pasado mi presente y mi futuro y solo por la posibilidad de volver a ver a mi hija algún día no acabé con aquello allí mismo.

Los secretos siempre acaban saliendo a la luz, decía mi madre, siempre, y yo llegué a pensar que no era así, pero hoy el cruel destino me demuestra que nadie se escapa a su irremediable castigo. Hoy desde aquel rincón donde parte de mi pasado está enterrado, aunque aún no sé qué parte, desde aquel rincón te vi y se me vino el mundo encima y con su peso me aplastó, cuando te vi, perdí hasta el aire.

La visita a este sitio donde todos saben que hay una fosa común, aunque nadie dice nada, es diaria. Los domingos y jueves son los días de las flores, los demás días solo unos pensamientos y unas peticiones, siempre las mismas. Algún cambio, cualquier cambio es bueno, da igual el que sea, alguna noticia que arroje luz sobre este oscuro momento de mi pasado.

Evocar el tiempo pasado siempre es doloroso, porque nadie sobrevive al tiempo y este simple hecho hace que existan vacíos, vacíos imposibles de llenar.

Huelga decir que la pregunta sería esta ¿Cómo se construye un pasado que no duela? No es posible. El pasado feliz porque lo fue, el infeliz porque igualmente lo fue, solo el pasado olvidado, no duele, pero quien quiere un pasado no recordado, nadie, ya que un pasado olvidado y un pasado inexistente son lo mismo. Todos fuimos espectadores de los hechos, críticos, complacientes,

temerosos y en escasas ocasiones valientes, pero ni antes ni ahora se llama a las cosas por su nombre.

Cuando caes tan profundo y estás donde yo he estado, me conformaba simplemente con alguien con quien compartir mis silencios. No esperaba mucho más del mundo, por eso cuando vi a Ángel o quien quiera que fuese, en este caso tú, en aquella ventana, obtuve mucho más de lo que esperaba y quiero aferrarme bien fuerte a ello, porque yo también necesito saber.

En aquellos años, en aquellos lugares, en aquellos momentos nadie disponía de la información necesaria para vaticinar lo que se avecinaba, aún incluso hoy, no somos capaces de medir las consecuencias de nuestros actos, por muy sencillo que parezca, por eso el futuro siempre nos pilla a contrapié, por eso supongo que me fallaron las piernas y perdí la consciencia en el único momento que necesitaba ser consciente de lo que estaba pasando.

Mucha información de golpe, demasiadas cosas por aceptar, demasiadas cosas por admitir, que Ángel es tu abuelo era obvio, demasiado obvio, esos ojos tuyos, son clara muestra de ello. Saber que mi hija está viva, le da un nuevo sentido a todo, y me llena el corazón de esperanza y de pena por el tiempo perdido sin estar cerca de ella. El ser tu abuela me hace mayor, me hace mayor de golpe, pero le da sentido a mi espera, por lo demás demasiadas preguntas sin respuesta para todos.

Tu abuelo me destrozó la vida y solo cuando la muerte se lo ha llevado, un pequeño destello de esperanza ha alumbrado mi vida, en aquel rostro que me produce tanto odio y que me produjo tanto amor en un pasado que parece ya tan lejano, que no parece de esta vida.

La única parte que podría aclarar todo aquello que no sabemos y que probablemente nunca sepamos, ya no está, por lo demás, el resto son todo preguntas sin respuesta y ahora el que podía responderlas tu abuelo, el hombre que se llevó a mi niña, ya no podrá hacerlo. Me entristece saber que ha muerto, cuanto tiempo

alejados, cuanto tiempo separados, los que nacieron para estar juntos por un simple error estuvieron prácticamente toda su vida separados. Un acierto te puede dar un momento de felicidad, pero un error te da una eternidad de amargura.

Muchos años de llantos y de flores, demasiados, de los cuatro desaparecidos, al menos dos pueden seguir aquí, uno con casi total seguridad conducido por mis celos y la certeza de que mi hermano algo tuvo que ver, el otro mi propio hermano, seguiré sin saber dónde está, pero me contento con saber que mi hija está viva.

Conoces la frase una huida hacia delante es una victoria, pues eso ha sido esto, la gente necesitaba huir de todo esto para continuar viviendo, lo que pasa es que hay parte de una generación que no pudo huir de todo esto. A mí los recuerdos me han atenazado siempre durante la noche, siempre pensé que tenía que haberme marchado como hizo todo el mundo. Que aquí todo me hacía daño porque los recuerdos estaban al torcer cada esquina, pero lo más dañino fue no ver a mi niña este tiempo, hubo mucha gente que vio morir a sus hijos en esta guerra y yo no pude evitar que esto me rondara por la cabeza de vez en cuando. Nadie debería ver morir a sus hijos, esa frase que tanto decía mi madre, me mantuvo a mí aquí esperando lo que ahora tú me has traído, una esperanza, una ilusión.

La combustión que produce una pequeña chispa tiene tanto alcance como le permita el medio donde se origine y en aquellos años todo el mundo sabía que los hechos acontecidos iban a provocar una gran explosión en cadena.

No estaba nadie a salvo, recuerdo a tres alpinos de los que nunca me he olvidado, venían de la guerra y todos, los de aquella generación los tendremos en la memoria, uno traía un ramo de flores, porque se enamoró de una princesa, pero eran malos tiempos y al final el más pequeño, el de las flores murió fusilado y a partir de aquí por la combustión que no respetaba nada, hasta la princesa murió de pena. Malos tiempos para todos, ni siquiera

marchándote a China podías esquivar lo que el destino te tenía preparado.

Y ahora aquí estamos con mucho que averiguar, mucho que hacer y con demasiado para arreglar, así que lo que tú quieras, pero yo necesito ver a mi hija, necesito ver a Natalia cuanto antes. He estado muerta en vida demasiado tiempo.

¿Cuándo se muere? Se muere cuando se muere definitivamente o cuando todos se olvidan de ti, si es así, hace ya tiempo que morí, no es triste, simplemente es real, más real que la vida que he llevado desde que todos me abandonaron, por eso no podía dejar de mirarte, y si consigues que vea a mi hija antes de que todo se acabe, al menos este suplicio habrá tenido un sentido, una razón de ser.

Al fin mi espera habrá acabado.

Cartas quemadas 4

María

Una simple llamada y en apenas veinticuatro horas mi madre y mi abuela llegaban en coche a Masegoso, cinco horas de distancia y cuarenta años para encontrarse, parece la letra de una canción triste, pero tan solo es un trozo de realidad también triste, qué duda cabe.

Hace apenas una semana no había oído hablar de este pueblo, ahora nos íbamos a juntar allí toda la familia conocida y también la desconocida. Todo aquello me había desbordado sin lugar a duda, a mí, a Yolanda, a Sofía y ahora iba a hacer lo propio con mi abuela María que no lo era y con mi madre Natalia, demasiadas sorpresas de golpe para todos.

Yolanda estaba nerviosísima, le temblaban las manos, esas manos arrugadas y frágiles que unas horas antes se habían aferrado a mí como si estuviesen soldadas. Su cuerpo se estremecía en extraños espasmos, supongo que era un momento esperado demasiado tiempo y los nervios de aquella anciana no podían ser controlados fácilmente.

No le comenté nada a mi madre, simplemente le dije que tenía que venir a Masegoso, que era muy importante, en cambio a mi abuela sí le dije que sabía la verdad sobre mi madre y que había conocido a Yolanda. Ni por lo más remoto se hubiera podido ella

imaginar lo que iba a provocar aquel incendio de palabras realizado hacía menos de una semana, supongo que por un instante pensó que con aquellas llamas desaparecía todo, pero muy al contrario aquellas llamas hicieron que todo aflorara. También le dije que su hermana estaba esperándola. Fue entonces cuando me di cuenta que María, la que hasta entonces había creído mi abuela, todo este tiempo, había pensado que su hermana había muerto en la cárcel, como le habían dicho en su momento cuando preguntó por ella, de hecho, ella con toda la naturalidad del mundo y sin ningún atisbo de duda, me dijo que era imposible, que su hermana ya había dejado este mundo y cuando la dije que no, que Sofía estaba esperándola. Al oír aquel nombre se hizo el silencio y tras unos segundos, solo dijo vamos para allá y colgó.

Supongo que María era ahora la que tenía mucho que contar y la que se iba a encontrar con muchos fantasmas del pasado, pero debía estar deseando reencontrarse con su hermana y con su pasado del que de alguna manera tanto había huido, porque ella podía haberse acercado al pueblo en todos estos años y no lo había hecho. Alguna poderosa razón debía de tener sin lugar a duda.

Mientras Yolanda se hacía cada vez más pequeña, aquella pobre anciana a la que la vida había castigado de aquella manera me daba mucha pena, no podía ni imaginar la tristeza y la desesperación con la que había convivido todos estos años por culpa de un error del pasado, un error al que fue arrastrada por los celos y por el que había pagado un precio demasiado alto.

Mucho había salido a la luz y mucho estaba aún por iluminarse, había encontrado mis raíces, de alguna manera sí, respecto a las respuestas, había encontrado más preguntas que respuestas y las respuestas se iban acumulando sin orden ninguno. A este puzle le faltaban demasiadas piezas y alguien tendría que ponerlas sobre la mesa.

Sofía había aclarado muchas cosas, también lo había hecho Yolanda, mi madre poco podía contarnos, ya que cuando mi abuelo Ángel se la llevo era prácticamente un bebé, yo esperaba que María

la hermana de Sofía sí que aclarase algo, pero no entendía bien porque, ni lo había hecho, ni había vuelto nunca al pueblo, y tampoco entendí lo de las cartas, aunque gracias a aquel acto yo había encontrado un pasado hasta entonces inexistente.

María y Natalia llegaron en coche. Yo no quise explicarlas demasiado, pero sí que noté que ninguna de las dos tenía en sus planes volver al pueblo. Ambas habían dejado descansar el pasado y no parecían querer reencontrarse con él, pero yo no entendía la razón, había demasiadas cosas que no entendía. Creo que la razón que hizo que viniesen fue pronunciar el nombre de Sofía, aunque me dio la sensación de que María debía pensar que era un error, si hubiera creído que había la más mínima posibilidad de que su hermana estuviese viva, ya se hubiera ocupado ella de buscarla, pero no lo había hecho.

Cuando llegaron aparcaron el coche frente a la pensión y bajaron del mismo, el tiempo se paró de repente, las miradas se congelaron, hasta la mirada inexistente de Sofía quedó congelada y sus movimientos eran lentos reconociendo el terreno, mi madre, Natalia miraba a su alrededor sin reconocer nada, como buscando algún objeto o algún recuerdo que consiguiese anclarla a su pasado, pero eso era imposible, ella podía decir que tenía la suerte de no tener recuerdos de aquella época o de lo que allí pasó, por el contrario María tenía los ojos muy abiertos y miraba hacia todos los lados como si cada cosa que viese le trajera un recuerdo diferente. Las cosas le venían de golpe como fogonazos, principalmente cosas que ya no estaban allí, pero que sí que tenían su lugar en sus recuerdos, recuerdos que habían estado silenciados y que de repente aparecían de nuevo ante su asombro.

Las dos quedaron en silencio, mi madre miraba extrañada, supongo que intentando identificar las cosas que mi abuela y mi abuelo le habían contado. Todas aquellas historias que le contaron de pequeña, muchas reales y muchas inventadas. La mayoría de las veces las mentiras se contaban para proteger, para proteger del dolor o para proteger por miedo a la verdad. En cambio, mi abuela

con los ojos completamente humedecidos por las lágrimas y compungida miraba despacio las casas las piedras del camino y hasta los árboles, hasta que su mirada se cruzó con Sofía, entonces su cuerpo empezó a temblar y empezó a gritar, un grito desgarrador, de pena, de desesperanza, algo que no me esperaba, es como si algo se le hubiese roto por dentro de repente. Yo siempre había imaginado los reencuentros, y más reencuentros tan intensos como este, como una carrera rápida y un abrazo sin fin, vigoroso, fuerte, intenso. Nada que ver con la realidad. Sofía que no veía esperaba en la puerta emocionada como si supiera, lo que pasaba, pero sin saber muy bien a donde mirar y María con la respiración contenida y los ojos humedecidos y a punto de salirse de sus cuencas, mientras continuaba gritando ahora con un grito áspero y seco, caminaba despacio intentando no caer al suelo, porque parecía que las piernas le fallaban, se iba acercando a Sofía y frente a esta, estalló a llorar amargamente. No la abrazó, simplemente lloraba frente a ella, tocándole suavemente la cara, apenas rozándola como si pensase que se iba a romper, como si no fuese real, mientras Sofía también alargó la mano y paseaba su mano por el rostro de María secándole las lágrimas e intentando reconocer aquel rostro. Tras un rato así las dos se abrazaron y se quedaron así sin moverse durante un buen rato. Parecía que María fuese a desaparecer entre los brazos de Sofía.

María me miró un instante y sonrió, hacía mucho tiempo que no veía sonreír a mi abuela. Su mirada volvió a centrarse de nuevo en Sofía, el resto ya no existía, escudriñaba su figura y volvía a sonreír, mientras la seguía tocando suavemente, finalmente le dijo al oído

-Piti estoy aquí.

Y las dos se quedaron abrazadas fundidas en una sola, mientras el tiempo se detenía.

Al fondo de la calle Yolanda se acercaba en silencio, moviendo la cabeza intentando centrar la mirada, mirando fijamente a mi madre Natalia intentando encontrar algo que la hiciese reconocer a su hija,

pero como temiendo acercarse demasiado no fuera a cometer el mismo error que cometió Ícaro con el sol.

A unos diez metros de distancia Yolanda se paró y se quedó mirando a su hija, aquella mujer empezó a llorar de nuevo intensamente y yo que la había visto llorar antes, me temí lo peor, aquello se iba a convertir en un océano de lágrimas de nuevo. Natalia, mi madre, no sabía muy bien cómo reaccionar, sabiendo que ella era su madre, porque María de alguna manera ya se lo había contado. No tenía muy claro que hacer, aquella mujer para ella era una extraña y sentía un poco de pena, pero también se preguntaba que habría hecho para que su padre a quien tanto quiso la apartara de su lado para siempre.

Natalia sonrió a aquella anciana. Estuvo un rato mirando a Yolanda tiernamente y la sonreía. Por su parte Yolanda había llorado estos dos días para toda una vida, pero no pudo evitar sonreír, al fin había encontrado a su hija. Ya había pagado demasiado por su error. Aquellos reencuentros me produjeron mucha ternura. Teresa miraba a su abuela Sofía abrazada a su hermana y sonreía, entonces me miro a mí y me cogió la mano.

Nadie quería estropear ese momento tan tierno, era uno de esos momentos en los que todo sobra, así que permanecemos allí en silencio mirándonos unos a otros, como si las palabras pudiesen romper aquel mágico instante de reencuentro.

Pasaron segundos, minutos, interminables minutos, ralentizados por la emoción del momento y finalmente todos entramos en la pensión. Era el momento de escuchar, de escuchar y de explicar, el momento de que el pasado se convirtiese en presente y el momento de iluminar los secretos y de acabar con los misterios.

María le pidió perdón a Natalia, por no haberle dicho nunca nada, aunque era obvio que ya habían hablado en el coche, por lo visto mi abuelo le había pedido por favor, que se hiciese pasar por su madre y le hizo prometer que nunca se lo contaría, porque no

quería que Natalia volviese al pueblo buscando sus raíces y se encontrase con su verdadera madre.

Mi abuelo solo tenía una cosa clara y es que después de que pasara lo de Matías, aquella familia nunca más se cruzaría en su camino, ni en el de su hija si él podía impedirlo y María iba a ayudarlo a que así fuese.

Uno de los recuerdos que María tenía era como comenzó la batalla de Guadalajara, comenzó con un silbido a las 6 de la mañana del día 8 de marzo, el día amaneció frío, esos días hizo mucho frío. El frío vino acompañado de la lluvia que precedió al granizo, pero fue el barrizal que se formó, el que complicó las cosas para todos.

La gente corrió mucho aquellos días. Los movimientos del ejército provocaban carreras de pueblo a pueblo, la gente salía rápidamente de un pueblo hacia otro, bien buscando la vida o bien huyendo de la muerte, el hogar no existía realmente, cualquier sitio seguro era el adecuado.

El día 9 de marzo llegaron los italianos a Masegoso, ese mismo día los Republicanos volaron el puente sobre el Tajuña y allí se detuvo el avance italiano sin siquiera llegar a Cifuentes que era el siguiente pueblo que te encontrabas por la carretera. De esa manera los italianos se quedaron varados en el pueblo, no permanecieron muchos días, pero para algunos ese tiempo se hizo eterno.

Aquel día hubo nieve, si, nieve y frío, mucho frío, lo que no hubo fueron disparos, no, ni un solo tiro se disparó en la entrada al pueblo, María recordaba ver todo desde la pequeña ventana de su casa, solo recordaba gente corriendo hacia Cifuentes. Los italianos luego siguieron su camino hacia Brihuega y apenas fueron 50 italianos los que aquí se quedaron, aunque tampoco estuvieron mucho, solo durante diez días, en diez días todo cambiaría de nuevo y fueron entonces los Republicanos los que tomaron Masegoso y tampoco en este caso hubo un disparo, cuando se

tomaba un pueblo por lo menos allí en Masegoso se producían más carreras que disparos.

Que la guerra sacaba lo peor de las personas ya lo sabíamos, todo allí cobraba un sentido nuevo, nos vamos de excursión, vamos a dar un paseo, salta no tengas miedo, incluso las canciones, siempre le resultó extraño ver a grupos de adultos cantando canciones como si fueran niños en formación. Eran muchas las frases que la retrotraían a la infancia, a aquella realidad que ella recordaba.

Todavía hoy me acuerdo mucho de los italianos, aunque no había vuelto a pensar en ellos, muchos italianos pasaron por el pueblo, muchos italianos durmieron al raso, muchos italianos durmieron aquí para siempre, hay un cementerio entero de italianos. Tan lejos de casa, vinieron a morir a una tierra que no conocían en un país que no conocían, vinieron sin miedo, eso al menos cantaban, pero el miedo llegó y se hizo con ellos, cuando vieron el final cerca, y cayeron en que fue todo un error el dejarse arrastrar a donde nadie les esperaba. Corrieron, corrieron para dejar atrás el momento, para dejar atrás la certeza de una muerte segura, yo de ellos sí que guardo algo, tengo una mirada clavada, aquella fue la primera vez que me enamoré. Aquel italiano, estaba herido y muerto de miedo, el destino quiso que se quedara en casa descansando. Pasamos la noche hablando, sin entender palabra ninguna, porque ni el entendía el castellano ni yo entendía el italiano, pero con gestos y sonrisas se llenó la noche de ternura y de algo que yo nunca había sentido antes y que después de eso nunca más volví a sentir, era un soldado muy apuesto y debía ser muy fuerte, pero estaba muy debilitado, lo único que intentaba era recuperar sus fuerzas para poder salir de allí.

Yo intenté esconderlo, pero mi madre me lo impidió porque nos podíamos meter en un buen lío, según ella nuestros actos debían seguir una línea y si alguna de nuestras acciones se iba hacia uno de los lados, podía ser que ya nunca pudiéramos volver a seguir la línea que iba entre los dos bandos y fuera de esa línea, daba igual

el lado, estábamos irremisiblemente perdidos. Cuando mi madre me impidió esconderle, él me sonrió y pasó su mano por mi mejilla, de nuevo volvimos a escuchar carreras y gritos. Yo le ayude a dar un par de pasos, pero no dio más, no llegó a salir de casa, allí mismo murió ensartado en una bayoneta, tan solo dos días después de su llegada. Había conseguido recuperarse para morir entre mis brazos. Esa fue la única vez que yo sentí algo parecido al amor, mientras sus ojos se apagaban, allí frente a mí, pero tan rápido como vino se fue.

Del 8 al 23 de marzo de 1937 pasó todo, fueron quince días, una quincena en que cambió todo varias veces, la primera semana los italianos y los franquistas avanzaron y los Republicanos retrocedieron, la segunda fue el ejército Republicano el que avanzó y los italianos y franquistas los que retrocedieron.

Ese fue el momento en que la guerra nos tocó más de cerca, al menos a mí y el momento que dicen una mujer siempre recuerda, el momento que se enamoró por primera vez, aunque fuera algo tan corto y triste.

Luego fueron los tanques y los aviones los que marcaron la diferencia a favor de los Republicanos en este caso y fueron los muertos de ambos bandos los que no marcaron nada. Fueron los italianos los que aquí se quedaron, como mi fugaz amor, lejos de casa en una tierra abandonada y olvidada por todos, los que supongo reciben visitas, eso sí cada vez menos como todos los muertos, hasta que llegue un momento en que ya no reciban ninguna y entonces formarán también parte de los olvidados de la historia, que son muchos, demasiados, sobre todo en estas tierras que veo de nuevo tan tristes y apagadas. Qué pena morir solo, triste y fuera de casa y no poder descansar en el lugar que te correspondía, quizá mis familiares muertos mantengan charlas con los italianos, que estarán muy solos tan lejos de casa.

La lluvia, la niebla y el barro frenaron a los italianos, el apoyo aéreo y los T-26 hicieron el resto y Brihuega fue testigo de todo, del ruido, de la muerte y del miedo.

El poder daba alas decían. La gente caminaba altiva, tenía la vida de otros entre las manos eso era verdadero poder, el resto, no era importante, podías hablar con seguridad, podías mirar con seguridad, eras especial, eras importante, eras... Creo que eso hizo que el hermano de Yolanda se perdiera, el poder y el miedo del respetable. Mirando a Yolanda le dijo.

- Tu hermano decía que se movía como pez en el agua, pero estaba claro que no era así, de hecho, nunca había visto el mar y no sabía nadar, así que no podía moverse como pez en el agua como él creía.

Nosotras éramos muy queridas en el pueblo, eso nos había permitido permanecer en aquella línea imaginaria que tanto obsesionaba a mi madre y que nos permitió no tomar nunca partido. Mi hermana Sofía era un par de años mayor que yo, pero esos años siempre habían marcado una distancia importante entre nosotras. Sofía se había convertido en la protectora de su hermana más frágil y consentida que ella. Nosotras siempre habíamos sido las niñas del pueblo, todo el mundo nos quería y nos protegía. Nuestro padre antes de que las cosas se complicasen con la guerra había sido el alcalde del pueblo, aunque pronto perdió su cargo, eso no era raro con los continuos giros del destino, pero mucha gente le debía favores de aquella época. Bastante fue que no le ejecutaron como a muchos otros alcaldes en aquellos años. Estaba en zona de nadie y él lo sabía, había permitido la llegada de los maestros y el principio de los cambios. Él siempre los apoyó, pero también guardó buenas relaciones con la iglesia, así que allí se quedó en medio de ningún sitio, en un limbo en el que perdió el poder que había tenido, pero no perdió la vida, que ya era mucho. Todos tenían alguna razón para odiar a mi padre y algún favor que devolverle, con lo que nunca sabías que era lo que iba a ocurrir con nosotras.

El hermano de Yolanda siempre estuvo detrás de mí, pero mi hermana le obligaba a guardar las distancias. Siempre que miraba a lo lejos, allí estaba observando, como un animal al acecho, yo le tenía miedo, mucho miedo, pero mi hermana no tenía miedo a nada,

dijo apretando fuerte las manos de Sofía. En aquellos primeros años del conflicto todo había cambiado rápidamente, tras la sublevación su familia había adquirido mucho poder y ahora el mantenerle lejos no era posible, él se envalentonó y cada vez se acercaba más a mí, cada vez más altivo, más seguro de sí mismo, más déspota. Después del poder que adquirió su familia, mi padre no tenía nada que hacer. La única que se atrevió con él, como siempre fue Sofía, pero fue muy fácil para él convencer a mi padre rápidamente, de que las cosas podían ponerse muy complicadas para la familia. Así que ganó, como era de esperar con el miedo, que era siempre su mejor aliado.

Sofía fue amenazada varias veces por él, con acabar en prisión, si seguía poniéndoselo tan difícil todo, pero Sofía no tenía miedo de nada, al final era un secreto a voces que acabarías en prisión o fusilada y era yo, la que entonces tenía mucho miedo por ti y por lo que te pudiera pasar. Papa temía por las dos, tú temías por mí y yo temía por ti, cuando empezaron a multiplicarse los desaparecidos, la gente empezó a encerrarse en sus casas y a negar los hechos y borrar los recuerdos de las cosas que pasaron aquellos días. Yo por mi parte, había aceptado lo que la vida me tenía preparado y en mis primeros encuentros con el hermano de Yolanda me decía a mí misma que había muchos países donde se concertaban los matrimonios, y que, además, así mi padre y mi hermana no tendrían ningún problema, pero era un auténtico suplicio, no me gustaba nada de él, no podía evitar recordar a mi italiano con el que apenas había pasado unas horas y que me había dejado un vacío tan grande en el corazón.

-Tu hermano -dijo mirando a Yolanda- era un hombre muy irascible, siempre había tenido mucho poder y de alguna manera se sentía bien cuando atemorizaba a la gente, no empatizaba con nadie y se dejaba llevar por sus impulsos. Yo intentaba mantener una pequeña parcela de poder y no me dejaba atemorizar, sabía que, si no era fuerte con esto, estaba perdida. Sofía siempre estaba cerca de nosotros y se enfrentaba a él continuamente, el odio entre los dos crecía día a día.

Mucha gente no sabe nada de la guerra civil, se ha intentado esconder y no se estudia apenas, en la historia de España, están como desaparecidos esos años, la batalla de Guadalajara fue muy importante para los Republicanos, en la victoria y para los italianos y franquistas en la derrota, pero no cambió el transcurso de la guerra, no lo consiguió, fue un punto de inflexión, pero después de esa victoria todo volvió a su lugar y los republicanos siguieron perdiendo terreno.

Lo que marcó la gran diferencia en la batalla de Guadalajara y llevó a la tumba a miles de italianos, fue que solo la aviación de un bando estuvo bombardeando al otro hasta que se quedó sin munición y esto sucedió porque a alguien se le ocurrió la feliz idea de poner Alfalfa en el aeródromo de Guadalajara lo que evitó que se embarraran las pistas. Este pequeño hecho marcó la contraofensiva y el resultado final de la batalla. A veces los pequeños hechos marcan grandes diferencias e incluso pueden cambiar la historia, aunque casi nunca, como en este caso, se llega a conocer a las personas responsables de aquellos actos que podían haber cambiado el sentido de la historia, ni el porqué, al fin y al cabo, como ahora sabemos la historia estaba ya marcada. No olvidemos que solo los vencedores escriben la historia.

Mientras la prensa española de aquellos años libraba la guerra de las palabras, la gente las pronunciaba con miedo e intentaba hablar lo menos posible, era importante callar en muchas ocasiones, en demasiadas, normalmente no sabías a quien tenías en frente, el miedo siempre estaba presente, hasta muchos años después de que terminase el conflicto.

Es fácil, que ahora, una imagen o un recuerdo te hagan rápidamente volver a sitios que ya habías olvidado y a los que por nada del mundo querías volver. Los recuerdos de familia descansan en retratos, en algunos objetos, en acontecimientos envueltos por la niebla del pasado, en sensaciones, aromas, olores y a veces simplemente salen a relucir con una imagen que nuestros ojos captan y todo sale a la luz de repente, sin buscarlo, sin apenas

esperarlo y yo dijo María desde que he llegado aquí estoy devorada por recuerdos, por sensaciones, por todo aquello que había olvidado sin siquiera ser consciente de ello.

María y Yolanda -mis dos abuelas por decirlo de alguna manera, porque al final la convivencia y el cariño es lo que marcan esa relación especial que siempre tienes con la familia- como digo María y Yolanda habiendo vivido en el mismo pueblo y el mismo conflicto, habían percibido dos realidades muy diferentes, en parte porque cada una vio lo que quiso ver y en parte porque sin duda emocionalmente, las dos eran muy distintas.

María miraba con añoranza la que fue su casa y podía recordar la facilidad con la que en aquellos años las casas cambiaban de dueños sin cambiar los recuerdos que habitaban en ellas, todas las historias de algunos ocupaban las casas de otros y los fantasmas y los recuerdos quedaban atrapados para siempre perdidos entre extraños.

Los ideales son una enfermedad que te devora por dentro sin apenas darte cuenta, pronto muy pronto solo hay una verdad y siempre es la nuestra, la única, la verdadera, luego rápidamente olvidamos lo realmente importante, la familia y los amigos, y de repente conceptos como patria, nación ocupan nuestro corazón desde dentro y es entonces cuando el virus se ha hecho con nosotros, es entonces cuando nos perdemos para siempre y somos capaces de dar nuestra vida, lo único que tenemos, por algo que no es real, por una idea de patria, por una bandera, por nada... La estupidez humana llevada a su punto álgido, demostrando que no tenemos límite.

Hoy en día, la gente viene aquí de vacaciones, seguro, estos pueblos se llenan de gente en verano como casi todos los pueblos olvidados que hay en España, pero en invierno quedan desiertos, como ahora, el invierno es duro, solitario, y la gente huye de todo lo que no sea cómodo, eso es lo que nos hace débiles, la vida no es lo que creemos que es, intentamos siempre hacérsela a medida o transformarla todo lo que podemos, como yo, cogiendo solo las

cosas fáciles, sin aprender nada y sin estar preparados para las circunstancias más complicadas y que al final tarde o temprano también llegan y así hice yo, no quise volver por aquí, cuando pensé que ya lo había perdido todo, sin ti Sofía, aquí nada tenía sentido para mí, por eso me sorprende todo lo que había aquí enterrado en imágenes, en sonidos, en olores, toda una vida olvidada que he empezado a sentir nada más bajarme del coche.

La necesidad de saber de dónde venimos, suele surgir de la propia muerte, no hay un interés hasta el momento en que alguien muere o está a punto de hacerlo y es entonces cuando la posibilidad de saber desaparece con ella, es entonces cuando esa necesidad se hace más fuerte, da igual lo de las cartas quemadas, ese solo fue el detonante, pero podía haber sido otro cualquiera. Aquellas cartas me trajeron aquí de golpe y aquello me dio miedo tanto miedo que tuve que quemarlas, hacerlas desaparecer y menos de una semana después aquí estoy, aquellas llamas tuvieron un efecto que ni yo me esperaba, está claro que hay cosas que nunca desaparecerán.

La guerra acabo llevándose a muchos, demasiados, y nos dejó su rastro traicionero durante muchos años después. Sus efectos seguían por los campos diseminados, los críos jugaban a encontrar munición y proyectiles y fueron muchos los que murieron con la contienda ya finalizada, porque fueron muchos los proyectiles que aún quedaban sin estallar, y que buscaban su razón de ser, eran tiempos peligrosos. Todos teníamos algún familiar que perdió un dedo o una pierna al dar una patada a un proyectil, que estaba allí esperándole, los críos buscaban proyectiles y a veces los proyectiles les encontraban a ellos. Es lo que tiene el perder el respeto a lo que en aquella época se le perdió el respeto, y convertir en juego lo que debía haber sido miedo. El juego de la guerra se convirtió en algo real y la muerte acechaba sigilosa, siempre a la espera, de hecho, con el fin del conflicto no terminaron las muertes, estas siguieron como si hubiésemos cogido una mala costumbre que fuese difícil de eliminar de nuevo.

En aquellos tiempos no hubo juicio, ni defensa, ni testigo ni siquiera juez, tan solo el castigo que se convirtió en el solitario que a todos atenazaba sin una razón necesaria. Las leyes las dictaba y las ejecutaba el ganador como siempre ha pasado y no había posibilidad de réplica, cuando perdimos la democracia perdimos demasiado y además todo el mundo hacía como que no se la echaba de menos, pero el vacío que había dejado fue tan grande...

Como prevención contra los bombardeos la mayoría de los pueblos se sumieron en la oscuridad donde todo era posible y la noche se llenó de muertos, pero nadie los veía, así que lo más seguro era no salir a la calle y permanecer en silencio, que ya se sabe que por la noche todos los gatos son pardos o lo que es lo mismo que con la oscuridad y los rostros disimulados, hasta las palabras son confusas. La muerte te podía sorprender en cualquier sitio, por eso la gente intentaba no alejarse demasiado de donde deseaba morir por si la muerte venía a buscarlos sin avisar, como casi siempre hacía.

Todo lo que se hacía era clandestino, fue una palabra muy utilizada en aquellos años, todo lo que se hacía y no se debía hacer, eran demasiadas cosas, todo aquello era clandestino si el que lo hacía era uno, no si el que lo hacía era otro.

Había demasiadas certezas, la certeza de que lo que hacía todo el mundo era lo correcto, la certeza de que lo que hacían los del otro bando estaba mal hecho, era increíble, que no se diesen cuenta, hasta tal punto estaban engañados, pobrecillos, vivían en una mentira absoluta, como era posible que no se diesen cuenta, y esta realidad y esta certeza la vivía cada uno de los bandos como una verdad indiscutible y verdadera, y es el peso de esta verdad absoluta el que nos arrastra y nos hunde en el fango como personas y nos impide evolucionar y aprender de nuestros errores, que siempre son muchos.

Sofía levanto la cabeza y me pregunto a mí interrumpiendo a María

- ¿Que buscas tu realmente?

Como si nada de lo que escuchase tuviese importancia y fuera esta la única cosa importante para ella, que ya había encontrado sentido a su pena y una razón de ser para todo por lo que había pasado todos aquellos años.

- ¿Te das cuenta de que gracias a ti yo he encontrado lo que ya no buscaba? - Me dijo.

-Busco... No sé. ¡Mi identidad! - la respondí yo

La identidad es algo filosófico y aquellos tiempos no fueron muy filosóficos, así que no es una buena idea. Serían valores, creencias, sentimientos, quizá un rasgo, así que no busques más. Creo que has encontrado una historia que vale la pena saber, creo que todos hemos ido poniendo piezas en el puzle, pero este nunca acabara de completarse, es lo que tiene la vida, la propia existencia. Tú tendrás que construirlo y tengo algo para ayudarte a hacerlo.

Los jóvenes buscáis muchas cosas, demasiadas, la vida es mucho más sencilla sin buscar. Todo es igual y todo ha cambiado, la gente ha cambiado, no sé si para bien o para mal, pero ha cambiado. Así, que, si hubo una identidad, también esta ha cambiado.

No busques tu pasado, encuentra tu futuro. Yo desconozco gran parte del mío y de lo que, en el pasó, todos tenemos solo clara esa parte del puzle que forma el pasado que nosotros mismos recordamos y a veces ni eso, porque te voy a decir una cosa, la cabeza es muy traicionera.

Lo triste es que la guerra acabó y durante muchos, pero muchos años después de la guerra, cuando la lluvia caía fuerte siempre aparecía algún cadáver, de manera que cuando empezaba a llover y arreciaba, siempre alguna anciana se santiguaba por lo que pudiera aparecer.

María continuó hablando.

Yo y solo yo, fui la culpable de que el hermano de Yolanda capturase a Matías, él entró sin saber muy bien que buscaba, pero tengo claro que, si no se hubiese sentido atraído por mí de aquella manera tan enfermiza, estas últimas visitas no se hubiesen producido, la primera vez que entro a la casa puso todo patas arriba y no consiguió encontrar nada, porque nada buscaba. Después de decir esto se hizo un silencio y Yolanda bajo la cabeza mirando al suelo como si Sofía pudiera clavarle su mirada, aunque no viera nada.

Sofía interrumpió a María que de repente también miraba hacia el suelo. No tienes la culpa de nada, nadie tiene la culpa de lo que nos rodea, el universo pone una serie de obstáculos en la vida e inevitablemente te los encontraras en el momento que te toque y eso nadie lo puede cambiar. Aquel desgraciado entro en casa, pero no venía buscando nada, venía buscando a alguien, a mí, desde el momento que le vi entrar y de cómo me miró, supe que no iba a salir de allí con vida. Sin mediar palabra, fuera de sí, empezó a golpearme, yo intenté no chillar y no darle el gusto, aguantaba el dolor todo lo que podía, sabía que él disfrutaba con el miedo que le tenía todo el mundo, y yo disfrutaba no mostrándole miedo. En uno de los golpes yo caí y me golpeé en un ojo con el pico de la mesa y sentí el dolor más intenso que he sentido nunca, de hecho, recuerdo gritar para expulsar aquel dolor infernal que no había manera de apagar luego él me cogió por el cuello y empezó a faltarme el aire, pero casi era lo mejor para no sentir aquel dolor, antes de perder el conocimiento pude ver con el único ojo que podía hacerlo a Matías acercarse por detrás e intentar soltarle la mano de mi cuello.

Era imposible que encontraran a Matías, si él no salía de su escondrijo, pero ante mi dolor, él lo hizo y es algo que nunca podré perdonarme, para nada fue culpa tuya, como te digo hay cosas que no se pueden cambiar.

María levanto la vista de nuevo.

-Yo nunca fui tan valiente como tú, nunca tuve el valor que tú tenías, siempre tuve miedo, miedo a demasiadas cosas

El hermano de Yolanda me estaba esperando cuando llegué a casa, el suelo de la cocina estaba cubierto de sangre, de tu sangre y yo sentí miedo sentí mucho miedo, por ti y por mí. Tu no estabas, solo estaban Matías y él. Matías sangraba mucho, tenía la mandíbula desencajada. Me ordenó a gritos que me sentara y me miraba de una manera que... Me preguntó gritando:

- ¿Sabías que estaba aquí escondido?

-No, yo no sabía nada - le respondí.

Entonces volvió a gritar - este cabrón va a morir hoy mismo y ahora mismo estoy decidiendo si tú vas a ir con él y con tu hermana.

Yo rompí a llorar, estaba muerta de miedo, empecé a llorar y a repetir que yo no sabía nada que no le había visto allí nunca y por un momento pude ver que Matías, Matías al que seguro que apenas le quedaban unas horas de vida, estaba preocupado por mí, me miraba con pena, con tristeza y eso..., eso nunca lo he podido olvidar. Yo tenía que haber muerto aquel día con él y contigo, como creía que había pasado, dijo cogiendo fuertemente de la mano a Sofía, pero no tuve valor. Siempre fui una cobarde.

Matías cuando lo sacaban por la puerta me miró y se arrancó una cruz que siempre llevaba al cuello, el único recuerdo que yo sabía que le quedaba de su padre y la clavó en una madera que había junto a la puerta, se giró y me sonrió, no dijo nada, esa fue la última vez que le vi,. Todos se fueron y yo me quede allí sola, en el suelo de la cocina sin saber bien que hacer, sin saber a dónde ir.

María bebió un sorbo de agua y volvió a hablar despacio como recordando aquello que no quería recordar.

Aquel último día todo pasó muy rápido, yo no había vuelto a pensar en aquello, a veces hay que ocultar en la memoria algunos

hechos para poder seguir hacia delante, y esos momentos fueron los que yo nunca quise recordar, porque ahí no acabaron las cosas. Unas cuantas horas después apareció Ángel con Natalia en brazos, tenía el rostro pálido y blanco como si hubiera visto un muerto, la niña estaba helada, aquel día no paraba de llover. Ángel se giró y me dijo.

-Haz las maletas que nos vamos.

Ángel agarró fuerte a Natalia y subió las escaleras, yo no quise preguntarle, pero necesitaba saber que había pasado, ¿Dónde estaba Matías? ¿Dónde estaba mi hermana? ¿De quién era toda aquella sangre? Eran demasiadas preguntas. No obstante, cogí lo que pudiera caber en una maleta y le esperé en la puerta de la cocina en silencio, esperando que cuando estuviéramos lejos me contara algo de lo que había sucedido.

Arrastré la maleta a la entrada y salí, entonces de repente apareció de nuevo el hermano de Yolanda, miró mi maleta y me dijo-

- ¿Dónde te crees que vas? Aún no he acabado contigo.

Yo me quedé sin habla. Él miró la sangre del suelo y me dijo.

-Tú no vas a ninguna parte y como no cambien mucho las cosas vas a acabar como tu hermana. ¡Desnúdate!

Me quise morir, aquel desgraciado había matado a mi hermana, pensé y me abalancé sobre él, pero ni siquiera llegué a rozarlo. Me dio un puñetazo que me rompió el labio y me tiró al suelo donde me quedé inmóvil paralizada por el miedo, mientras el me volvía a gritar.

- ¡Desnúdate!

Yo estaba aterrorizada y empecé a quitarme la camisa, mientras lloraba y le pedía perdón.

Se puso sobre mí y empezó a desabrocharme el pantalón poco a poco, exprimiendo el tiempo, excitándose con mi miedo y sabiendo que había llegado su momento. Fue entonces cuando de repente apareció Ángel, no le dio tiempo a reaccionar y le golpeó una y otra vez, creía que iba a matarlo allí mismo, tras un golpe venía otro, nunca había visto aquella mirada. Ángel tenía la mirada perdida, le había cambiado hasta el rostro, estaba completamente fuera de sí, sus ojos reflejaban un odio que nunca había visto antes y le grité.

- ¡Lo vas a matar!

Dejó de golpearle y cayó en el suelo como un fardo, Ángel se levantó sin mirarme, se dio la vuelta y subió de nuevo a coger a la niña, yo saqué la maleta a la calle mientras me secaba la sangre y lo esperé en el rellano de la puerta, entonces vi como tu hermano se levantaba apoyándose en una mesa que había en el suelo y sacó la pistola de su funda.

Se quedó allí, esperando a que Ángel bajara por las escaleras y apuntando con su arma, levantó la mano despacio, le temblaba, se movía arriba y abajo, pero apuntaba a la escalera, por donde en cualquier momento aparecería Ángel con la niña. De repente escuche los pasos de Ángel bajando por la escalera, no sé lo que paso, esos segundos mi cuerpo se movió solo, lo puedo jurar, porque yo nunca hubiera tenido valor para hacer algo así. Cogí un trozo de madera que había apoyada en la puerta y le golpeé en la cabeza con todas mis fuerzas.

El estruendo del disparo nos dejó paralizados, Ángel toco a su hija se tocó a él y comenzó a llorar, la bala no había alcanzado a ninguno de los dos, después de dejar a la niña en el suelo se acercó al cuerpo que yacía inmóvil en el suelo y le extrajo algo que tenía algo clavado en la cabeza, era una cruz, la cruz que siempre llevaba Matías al cuello, la que había pertenecido a su padre, yo no entendía nada porque le había golpeado con una simple madera. Entonces recordé que Matías la había dejado allí clavada cuando se lo llevaban y aquella cruz fue la que acabó con tu hermano. Ángel estiró fuerte de ella y al sacarla se rompió en dos partes, aunque ya

no parecía una cruz era tan solo un trozo de hierro retorcido, se guardó una mitad en el bolsillo dejando la otra que colgaba de una cadena en la cuna de la niña. No pronunció ni una palabra, cogió el cadáver lo arrastró hasta el coche en el que había llegado y desapareció. Volvió unas dos horas después, tampoco dijo nada, cogió a la niña con un brazo, con el otro una caja con un lazo raído llena de cartas y salió de la casa, yo me limité a seguirle arrastrando la maleta como podía.

Me marché con Ángel, sin pensármelo y sin despedirme de nadie, porque no quería quedarme aquí, había demasiado odio en este pueblo y las cosas no iban a cambiar, de hecho yo había aprendido a odiar y cuando Ángel me dijo que había prometido a mi hermana que me llevaría con él cuando se marchara, encontré la única manera de seguir adelante, que lógicamente tendría que ser lejos de todo lo que había sido mi vida hasta entonces. Aquí en este pueblo ya no me quedaba nada.

Tu hermano siempre se jactaba de que había que actuar con firmeza, como si no hubiera otra manera de actuar, la firmeza era la seguridad en lo que estabas haciendo, había que hacerlo, aunque fuera duro, aunque fuera cruel, aunque fuera injusto si era realizado con firmeza estaba bien hecho, fueron aquellas palabras las que me ayudaron a emprender el viaje sin volver la vista atrás. Eran malos tiempos para las dudas, había que ser firme, actuar con convicción.

El pueblo era como una gran cesta de fruta abandonada donde todas las piezas de fruta se iban pudriendo y una fruta podrida traspasaba la enfermedad a la que tenía al lado y en poco tiempo toda la fruta se había echado a perder, la única manera de escapar era salir de allí. Ángel lo tuvo claro y actuó también con firmeza, como tu hermano le insistía siempre que debía de hacer.

Allí empezó un largo trayecto, en el que pasamos la mayor parte del tiempo escondidos, con miedo, hasta que por fin llegamos a Alicante, donde fuimos a la casa de Matías, que estaba abandonada y donde viviríamos juntos en armonía y criaríamos a este ángel, que

era lo único hermoso que nos podíamos haber llevado de allí, dijo mirando a mi madre.

Yo no quise volver a pensar en el pasado, de hecho, no lo hice nunca, jamás, hasta que aquel día entre al despacho de tu abuelo y leí todas aquellas cartas que me hicieron volver a recordar nuestra historia y aquellos años en los que tantas cosas ocurrieron. Todo estaba allí, toda la historia plasmada en negro sobre blanco, la historia de Ángel, la historia del pueblo, la historia de Matías, nuestra historia.

Mirando a su hermana, comenzó a llorar.

-Tenía la certeza de que habías muerto y eras lo único que de verdad me unía a esta tierra, lo demás era solo tristeza y momentos dolorosos que habían borrado todos los buenos que existieron antes. Pensaba realmente que habías muerto allí, le dijo mientras le acariciaba la cara.

-No me atreví a volver aquí nunca, si hubiera sabido que estabas viva...

Yolanda que había permanecido cabizbaja casi todo el rato levantó la cabeza y con los ojos enrojecidos preguntó

- ¿Y mi hermano donde está enterrado?

María se giró y permaneció un rato en silencio antes de responderla

-Francamente no lo sé, pero espero que nunca descanse en paz.

Yolanda se quedó callada y volvió a bajar la cabeza, mi madre la miró tiernamente y le cogió la mano, hacía mucho tiempo que nadie cogía la mano a aquella pobre mujer.

En la mano de mi madre cayo una lágrima.

Las piezas del puzle se completaron aquel día, aunque aquello había acabado pareciendo más un rompecabezas que un puzle. María decidió quedarse allí con su hermana Sofía y mi madre decidió llevarse a Alicante a aquella buena mujer para conocerla mejor, darle un poco de cariño y para que le contara todo aquello que mereciese la pena ser contado de su pasado, sin penas, ni miserias.

Yo, había decidido quedarme unos días más para conocer mejor a Teresa la dueña de aquellos ojos azules donde podía perderme y no volver jamás.

Cuando le devolví a mi abuela María la fotografía, se quedó mirándola, añorando tiempos pasados y con sus dedos iba pasando uno a uno por los que allí estaban y que habían dejado de existir.

-María y yo nos miramos y nos quedamos callados. Éramos conscientes de todo lo que nuestra familia había perdido aquel día, y que había cambiado toda nuestra historia.

Sofía estaba en el quicio de la puerta, como si hubiese recuperado la vista y pudiese ver lo que había en el exterior.

-Cuando las cosas salen a la luz es difícil guardarte algo para ti. En su mano había una caja de zapatos con un montón de cartas que dejó encima de la mesa.

-Creo que ya has encontrado lo que buscabas y lo que no buscabas, pero aquí tienes estas cartas por si algún día quieres leerlas, son la otra parte de nuestra historia, son lo único de valor que encontré en casa al volver, pero nunca pude leerlas de nuevo.

Teresa me miró y me hizo una seña, los dos juntos salimos a la oscuridad de la noche, ella me ofreció su mano y yo la cogí deseando perderme en aquellos ojos azules.